La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 31 de agosto de 1891 — Núm. 505

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores de la Biblioteca Universal el tercer tomo de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS
Los suscriptores que lo son desde 1.° de enero recibirán en vez de éste el VIAJE AL NILO



ESTUDIO, cuadro de D. Daniel Hernández. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *El collar de ámbar. Causa criminal* (conclusión), por Luis M. de Larra. - *En el lago de Hammerfest*, por Augusto Jerez Perehet. - SECCIÓN AMERICANA: *El presidio de la Habana*, por Eva Canel.—*Nuestros grabados*. - *Vizcondesa* (continuación), por León Barracand, con ilustraciones de Emilio Bayard. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Los autómatas*, por el prestidigitador Alber.—*Fabricación de las lámparas de incandescencia de los Estados Unidos*.

Grabados. - *Estudio*, cuadro de D. Daniel Hernández (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - *¡Soy yo!*, estatua en bronce de D. Félix P. de Tavera (premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.) - *Ocaso*, cuadro de D. Modesto Urgell (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - *El traje nuevo*, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda. - *Una tarde de otoño en el boulevard Saint-Michel*, cuadro de Leroy Saint-Hubert (Salón de París de 1891).—*El presidio de la Habana* (de fotografías remitidas por Doña Eva Canel). - *Lectura*, cuadro de D. Juan Llimona (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—*Pastor del Pirineo*, cuadro de D. Dionisio Baixeras (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - *Recuerdo de Llavaneras*, cuadro de D. José Masriera (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. - Figuras 1 y 2. Concertista mecánica y tocadora de bandolín, existentes en el Conservatorio de Artes y Oficios de París. - *Plaza de Antonio López en Barcelona*, cuadro al óleo de D. Modesto Texidor (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Las viñas en agosto. - Madurez de los racimos. - Recuerdos lemosines. - La fiesta en Gijón á D. Melchor Gaspar de Jovellanos. - Juicio de Asturias y de sus pobladores. - Jovellanos y la coronación. - Improcedencia de tal método en su época. - Paralelo entre Turgot y Jovellanos. - Necesidad en aquella sazón de las sendas revoluciones en España y Francia. - Litigios cortesanos. - Elena Sanz. - Sus destinos. - Sus ensueños. - Sus alucinaciones. - Recuerdos de sus óperas y de sus conciertos. - Reflexiones históricas. - Conclusión.

I

Los racimos poco á poco maduran en las parras y cepas. Esta madurez va cerrando las puertas del estío y abriendo las puertas del otoño. Dios ha dado en su próvida creación dos frutos inapreciables á nuestras campiñas: la uva y el trigo. Cuando las mieses acaban de caer dobladas por el peso de sus robustas espigas, transparéntanse los racimos, cual si fueran de cristales y encerraran dentro de sus películas y entre sus orujos luz misteriosa. Yo no conozco nada que active la respiración, impulse la sangre, adobe las fibras, acere los músculos, como el baño de nuestro cuerpo en los efluvios campestres. El polen de las plantas os centuplica el calor vital, y os remonta los nervios, y os colora la sangre. Pero entre los polvillos campestres no conozco ninguno comparable al del pámpano en la estación corriente. ¡Cuán bien hacían los antiguos coronándose de tal fronda! En guirnalda ninguna late como en esos tejidos de la viña, en ninguna, la savia esencial. Yo recuerdo cómo nos regocijaba en agosto, por las tierras levantinas, esta dulce madurez de la uva. Todos los años ofrecíamos á la Virgen María en su Asunción beata sarmientos cargados con promesas y anuncios de rico embriagador mosto. Y en la novena de su fiesta íbamos á devorar los granos, antes agraces, ya endulzados, todos crujientes, y á recorrer el viñedo, antes verde, ya rosáceo, que sonreía con estival ardiente sonrisa. Estas frutas primeras parecen al paladar como las auroras y las alboradas á los ojos. En mis tierras patrias reinan afectos de mancomunidad por tal manera profundos, que producen la virtud eficacísima suya, cierta especie de comunismo inconsciente. Así las brevas no conocen dueño allí. Con tal que respetéis lo sembrado y plantado en el suelo, sin hollarlo y perderlo, en vuestro derecho estáis al coger los melifluos frutos pendientes de las higueras, los cuales frutos saben y huelen á gloria; ¡como que destilan mieles y los creeríais flores! Pues casi lo mismo pasa con las uvas. Estas no podéis llevároslas como podéis llevaros las brevas; pero en cambio, la costumbre os faculta con sus decretos á comer en la viña y junto á la cepa todas las que os desee y pida vuestra gana. ¡Cuán hermosa la cesta de mimbres cubierta de sarmientos recién cortados y henchida de racimos recién maduros! Aquellos huelen como cañas de canela, y los granos translúcidos tiran desde aterciopelado negro á violáceo amatista y desde violáceo amatista ó azul zafiro á esmeralda transparente. ¡Cuán próvida naturaleza en los climas y en los pueblos meridionales! ¡Cómo parece que allí está el alimento necesario á la vida en los aires diluído, y como que se logra la nutrición apropiándose los áureos átomos del éter vivificante! No recuerdo manjar que me haya sabido, en las copiosas mesas donde mi suerte y mi posición me han sentado, al sabor de aquel pan y uvas comido á la hora del crepúsculo, bajo la parra, cuando al son del *Ave María* se iban durmiendo las golondrinas en la cabaña y en la floresta despertándose los galanes de noche. Así alcanzó tanta importancia la invención del vino en los santorales históricos del trabajo industrial; así han cuajado copioso número de leyendas los pueblos agradecidos en torno de los Noés bíblicos y caldeos que plantaran los sarmientos prehistóricos; así la presencia de Baco en el Olimpo griego trastornó toda la vieja liturgia y conmovió á todos los dioses helenos; así el Evohé de la bacante significó el exceso vital de las antiguas divinidades paganas y el abril de nuestro planeta ebrio; así pidieron todas las generaciones calor para sus venas y fuerza para su sangre al mosto destilado de los racimos, que corre purpúreo por los lagares y derrama una especie de alegría casi demente de suyo y enloquecedora en el ánimo con un poder no concedido á fruto alguno por la Naturaleza. Cantemos, pues, y exaltemos á la vid próvida y fecunda; cantemos y exaltemos las uvas en su reciente madurez.

II

Una fiesta muy principal de agosto ha sido la consagrada por Asturias al claro hijo suyo D. Melchor Gaspar de Jovellanos. ¡Cuán rica esa región en hombres de primer orden! Los cántabros y los astures, pintados por el diligente recolector de noticias conocido con el nombre de Estrabón, resaltan en su larga historia, no solamente cual animosos montañeses capaces de inmolarse gustosísimos en las aras patrias por su dignidad y por su independencia, sino cual hombres de un entendimiento extraordinario en la suma total de sus calidades colectivas. No lucirán jamás como lucen los entendimientos meridionales en su brillo deslumbrador; pero entrarán todos ellos con su penetración aguda y sagaz en las entrañas, así de los objetos como de los pensamientos. Cosa indudable á todos cuantos conocen las letras españolas el esplendor con que han brillado y el poder que han ejercido en la ciencia y en la política contemporánea los cántabros y sobre todo los astures. Cuando predominaban la teología y la metafísica en los conocimientos humanos y la estética en el estilo, predominaban también los pueblos meridionales de la península. Mas desde que apareció el siglo último, en cuyo seno imperaban la crítica y la lógica, con las cuales concuerda el estilo severo, Cantabria y Asturias nos dieron hombres de primer orden, y prosperaron como ninguna otra región las ideas de cuya savia todavía vivimos. Campomanes con su Derecho, Estrada con su Economía, Toreno con su Historia, con su elocuencia el divino Argüelles, con su literatura Meléndez, Jovellanos con todas las ciencias, han dejado por los senos del alma española estelas inextinguibles de creadoras ideas. Y sólo cito á los muertos. Un ciclo verdadero componen estos hombres á todas luces extraordinarios. Y á la cabeza de todos ellos estará Jovellanos para siempre. Su estilo contrastó la triste anemia, por la imitación de todo lo francés á nuestros primeros escritores del siglo último pegada, y evocó el ritmo y el numen y el vigor en prosa, que parecían concluídos con Hurtado y con Granada. Los múltiples conocimientos suyos mostraron la utilidad, tan contestada, de aquella Enciclopedia, que si destruyó mucho nuestra vegetación antigua con la punta de su arado, tan parecida de suyo á la punta de una espada, también sembró mucha vegetación próvida y nueva, de cuyos frutos nos regalamos y nos mantenemos ahora. Injusticia notoria sería disputarle una saludable aplicación práctica de los principios enciclopédicos á las cuestiones económicas y sociales. Pero Jovellanos, tan poderoso en la ciencia, no ejerció igual poder en la política. Su diligente celo por las ideas progresivas le desarrimó de los reyes, y su moderación sistemática le desarrimó de los progresistas y de los revolucionarios. Contado entre los primeros pensadores y tenido por el primer prosista de su época, no le contamos ni entre los primeros patriotas ni entre los primeros gobernantes. En la guerra con el extranjero le faltó el ardor, que ha inmortalizado á Quintana y le ha puesto á la cabeza de nuestro siglo por la poesía patriótica suya; y en la política interior le faltaron arranques de voluntad correlativos con el ideal de su inteligencia y de su saber. Como hay tantos que ahora yerran tomando nuestra época de sabia y lenta evolución por una época de revoluciones, erraba entonces él tomando una época de súbitas revoluciones por una época de lenta evolución. Parecíase á Turgot en lo profundísimo de su ciencia sin obscuridades, en lo continuado de su moderación sin desfallecimientos, en lo conocedor de las reformas alejadas de toda utopia y propias á una saludable transformación sin sacudidas, en lo sereno ante todos los peligros y en lo sufrido bajo todas las desgracias, en el empeño imposible de someter los reyes tradicionales á las nuevas ideas é injertar la revolución política y social con el menor daño posible de todo lo antiguo y el riesgo menor de hondos desórdenes en la vieja encina de una historia casi toda ella teocrática, feudal y absolutista. Lo único que podemos decir, es cuán providencial é inevitable sería la revolución cuando no consiguieron impedirla en España hombres como Jovellanos y en Francia hombres como Turgot. Este vió pagados sus servicios y retribuídas sus obras con soberano desprecio, y aquél con calabozos y tormentos. Luis XV y Carlos II, Fernando VII y Luis XVI, María Luisa de Borbón y María Antonieta de Austria se habían producido y criado en la sociedad nuestra para llamar y atraer las tempestades. En vano querían disuadirles hombres tan superiores como Turgot y Jovellanos; los reyes, con una especie de suicida instinto, provocaban y sostenían la misma revolución que debió á la postre derribar su absolutismo. ¿Y cómo de aquel monstruo y de la suciedad por aquel monstruo dejada en nuestro suelo limpiarse sin los trabajos del Hércules revolucionario? Cadenas del esclavo, potros del tormento, calabozos y braseros del inquisidor, feudalismo del magnate, amortización del suelo, servidumbre del trabajo, parálisis del pensamiento, demandaban el hierro y el fuego, único medio de combatir aquella honda y gangrenosa canceración social. Por no haberlo comprendido así Jovellanos, le pasaron delante hombres menores, pero heroicos, incapaces de sus distingos, y resueltos, no á una resignación casi monástica en Valldemosa y en Bellver, al esfuerzo y al combate. Lo que ahora, libre la palabra, libre la universal actividad, libre la ciencia y la industria, desamortizado el suelo, desvinculada la propiedad antes feudal, seguros los derechos de todos, en ejercicio continuo el Parlamento y el Jurado, soberana en suma la Nación; lo que ahora sería ridículo, un espíritu revolucionario permanente, incongruentísimo de suyo con todo cuanto en torno nuestro pasa, entonces era sublime, asaz necesario. Pero esta falta de sentido práctico no puede quitar á Jovellanos la gloria que le pertenece como primer prosista y primer pensador de su tiempo. Justísimo por cierto el homenaje á su nombre tributado, y merecida la estatua con que, al honrarlo, hase á sí misma enaltecido y honrado esta generación.

III

Con suma delicadeza debemos tratar de otro asunto, no tan glorioso en verdad, pero manifiesta demostración de los contrastes que reinan en la naturaleza y de las contradicciones que reinan en el espíritu. Necesítase para departir de todo esto suma delicadeza, por tratarse de dos damas, las cuales llevan dos coronas, la una de reina, la otra de artista. No rompemos ningún secreto muy guardado y recatadísimo diciendo que un día empeñaron callados pleitos más ó menos jurídicos é hicieron parciales componendas más ó menos privadas la reina Cristina de Hapsburgo y la contralto Elena Sanz, de Andalucía. El objeto á que tales tratos se referían eran dos niños criados en casa de la cantante y que llevan sendos nombres de regios almanaques: Alfonso y Fernando. Poco se había escrito de ambos en los últimos tiempos, cuando rompe la semana pasada Elena Sanz á hablar en coloquio con un redactor de periódico francés, delatando al público porfiadas persecuciones y repetidas exigencias, todas ellas imperdonables, por tratarse de dos criaturas puestas bajo sus alas de artista y educadas en su mansión de notas y de arpegios. ¡Oh! Quien haya visto en su vida una vez á Elena Sanz no podrá olvidarla nunca. La color morena, los labios rojos, la dentadura blanca, la cabellera negra y reluciente como de azabache, la nariz remangada y abierta con una voluptuosidad infinita, el cuello carnoso y torneado á maravilla, la frente amplia como de una divinidad egipcia, los ojos negros é insondables cual dos abismos que llaman á la muerte y al amor, hácenla una de aquellas mujeres meridionales, por cuya belleza perece Antonio, de Roma olvidado, en la embriaguez del placer, y como decimos vulgarmente, arde Troya. Recuerdo yo una velada en que dió delicioso concierto, á cual yo asistí hora tras hora contemplándola y oyéndola con verdadero arrobamiento, pues cantaba mi predilecta música, la sublime canturia entre griega y semita que llamamos saetas, playeras, rondeñas, de las cuales el siciliano, quiero decir, el semi-helénico Bellini, extrajera sus melodías de *Norma* y de *Sonámbula*, destinadas á vivir mientras lata el corazón en el pecho y el amor en el corazón. Acabada la fiesta, Elena me trajo un abanico para que pusiese alguna ocurrencia del mo-

mento y se me ocurrió esto: «Parece imposible que quien tiene tanto que oir tenga tanto que ver.» En mi libro de memorias consta la representación primera dada por tan eximia contralto hace ya lustros en el Teatro Real. ¡Qué horóscopos del destino! Elena cantaba la *Favorita*. Su hermosura increíble resaltaba en el marco de la escena mucho, pues lo escultórico de aquellas facciones, á la verdad estatuarias, permiten apreciarla en su maravilloso conjunto ¿No creeríais leer, sabiendo cómo cantó para su estreno en Madrid la *Favorita*, una biografía de historiadores ó una tragedia de poetas antiguos, donde oráculos más ó menos sinceros en fórmulas más ó menos claras presagian y aprecian la suerte del protagonista? Comprendamos la naturaleza humana, y miremos filosóficamente las consecuencias de institución tan absurda como el matrimonio, que sólo debe tener por fundamento las afinidades mutuas del amor, convenido entre diplómatas y embajadores por meras razones de Estado. Nada prueba la igualdad fundamental de los hombres como el amor, salvando las distancias artificiales puestas por los privilegios entre las clases y uniendo sangres azules y rojas en muy natural confusión, obediente á la madre naturaleza, quien á todos nos identifica é iguala en las condiciones universales al género y especie, muy particularmente á la especie humana, revestida de inalienables derechos. Debe, pues, tenderse á constituir instituciones armónicas con el primer principio de justicia conocido, con la fundamental igualdad y consanguineidad dinástica de los cónyuges; conocida la costumbre de festejarse los novios regios por medio de cartas y retratos sin conocerse, como de unirse la desposada regia por medio de procurador sin tratarse, no debe, no, maravillarnos que junto á D. Pedro de Castilla esté D. Enrique de Trastamara; que junto á D. Fernando el Católico de Aragón esté D. Juan de Aragón; que junto á D. Felipe II esté el primero y grande D. Juan de Austria. y junto á D. Carlos II el D. Juan de Austria último y pequeño; que la reina Doña María Cristina de Borbón salte por todo y se una en matrimonio con misérrimo estanquero de Cuenca; pues la naturaleza recobra siempre sus derechos y el amor sella con su igualdad humana la frente de los monarcas. ¡Ah! Lo que piden á una esa misma naturaleza y la sociedad, reflejo suyo, en el rigor de sus leyes sabidas, es que no existan instituciones de casta incompatibles con los principios y fundamentos de toda justicia. Pero dadas esas instituciones, ¡oh! no debemos extrañarnos de que, continuando en la realidad palpitante y viva ensueños fáciles de tener en las incidencias de una ópera y de un teatro, hayan ciertas actrices creído cosa fácil obtener para prendas de su corazón alguna cosa más sólida y menos humillante que misérrimas pensiones. ¿No hay monarquías históricas, como la de Portugal, por ejemplo, y dinastías gloriosas, como las que dieron una Isabel I y un D. Manuel el Grande, fundadas por bastardos? Pues qué, si el hijo de Alfonso VI y la princesa mora sevillana perteneciente á la familia de los Abdilitas no muere de una desgracia fortuita, ¿quién duda que la sangre de los mahometanos correría por las venas de los monarcas españoles y católicos? Pues qué, ¿la corona portuguesa no fué á dar, tras guerras como las mantenidas entre lusitanos y españoles, en la frente de un monarca español por muerte del rey D. Sebastián? Pues qué, ¿la corona de Luis XVI no fué á dar en la frente de aquellos que le habían arrancado su cabeza, en la frente de los regicidas? Pues qué, ¿no dejaron los Austrias de España, tras una guerra de trescientos años consecutivos, el trono español á la dinastía de Francia, con la cual tuvieron batallas tales como la de Pavía, San Quintín y Rocroi? No debe maravillarnos ensueño ninguno, pretensión ninguna, delirios de tal ó cual clase, no, siempre que recordemos las casualidades múltiples del nacimiento, los saltos atrás que dan las herencias, el atavismo inevitable de las dinastías. ¡Misterios, insondables misterios!



¡SOY YO!, estatua en bronce, de D. Félix P. de Tavera
(Premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

EL COLLAR DE AMBAR

CAUSA CRIMINAL

(Conclusión)

Algunas veces, durante el día, solía visitar á Enriqueta, y tanto se renovaron insensiblemente estas entrevistas, que llegaron á hacerse cotidianas. Yo me sentaba, y mientras ella se dedicaba á sus quehaceres domésticos ó á sus labores de aguja, en los que era notable, la escuchaba embebecido; así pude conocer su vida en todos sus detalles. La pobre mujer no era dichosa: no se quejaba nunca, pero no por eso sufría menos. Su marido la abandonaba: estaba en relaciones con una costurera vecina, y no sólo pasaba con ella casi todo su tiempo, sino que se gastaba con ella cuanto dinero podía sobrarle de lo estrictamente indispensable que daba á su mujer para comer. La pobre Enriqueta, sin hijos, sola y siempre trabajando mientras su marido se olvidaba de ella en otros brazos, agradecía mis visitas y solía decirme:

– ¡Un marido como usted es lo que hubiera necesitado para ser feliz! Juicioso, amante, instruído, constante.

– ¿No la hubiera á usted desagradado, la respondí yo, mi rostro vulgar y mi figura desgarbada?

Me miró con sus dulces y hechiceros ojos, y después de un momento me dijo:

– En el hombre á quien se llega á amar, todo nos gusta.

Muy turbado me separé yo de ella aquel día, y una sensación nueva que se parecía á una esperanza indecisa agitaba todo mi ser. En mi corazón Julia se estremecía inquieta.

– ¿Qué tienes?, la pregunté yo.

– ¡Ah!, me dijo, tú vas á amarla. No me quejo de ti, porque yo sé que no has de vivir eternamente solo porque yo haya muerto; Enriqueta es buena y cariñosa, y ambos sois desgraciados: ámala, pues, pero no olvides sin embargo á tu pobre Julia.

Una casualidad, ¿fué una casualidad?, aceleró mi crimen. Una noche que me quejaba yo delante de Enriqueta del desorden que reinaba en mi casa desde la muerte de mi mujer, ella me dijo:

– Los hombres no entienden nada de arreglos domésticos: mañana, si está usted conforme, yo iré á visitar sus armarios, registrar su ropa blanca y ordenarlo todo.

Yo acepté con gratitud su ofrecimiento, me retiré, dormí muy mal, me paseé durante la mañana siguiente por los arrabales de Alcalá, y cuando llegué á la puerta de mi casa me estaba esperando ya en ella Enriqueta. Subimos la escalera sin hablar, y apenas entramos en mi cuarto Julia me envolvió, por decirlo así, en su recuerdo, y no pude pensar más que en ella.

– Aquí se sentaba para coser, dije yo á Enriqueta; desde aquí me escuchaba cuando yo leía; de este modo hablaba ella á sus pájaros... ¡Qué desgraciado soy!

Enriqueta cogió mi mano, y mirándome de un modo tan dulce que conmovió hasta el fondo de mi alma, me dijo:

– ¡Pobre amigo mío!

Dejé caer mi cabeza sobre su hombro y rompí á llorar. Ella me acariciaba el rostro con su mano suave, como se hace con los niños.

– ¡Ah!, continué yo, ¿quién reemplazará, amiga Enriqueta, á la que he perdido?

Me parece que su boca murmuró á mi oído: «Yo.»

Alcé la frente, nuestros labios se encontraron, y antes de que pudiera yo combatir mi emoción, éramos ya el uno de otro.

Fuimos culpables, si es ser culpable obedecer á los impulsos fatales de la naturaleza: hice traición á un recuerdo sagrado, y cuando me quedé solo, después de aquella crisis, permanecí mucho tiempo presa de un aturdimiento doloroso. Mi turbación interior se reflejó desde entonces en mi vida de una manera deplorable Cuando yo estaba solo, Julia, amable y cariñosa, aunque triste, me hablaba sin cólera de Enriqueta; pero cuando ésta acudía á nuestras citas, Julia se volvía loca, agitándose en mi corazón como si hubiera querido destrozar á su rival. Por el más ligero motivo, aprovechando cualquier pretexto insensato, yo obedeciendo á Julia maltrataba á la pobre Enriqueta, que soportaba mi crueldad sin poder adivinar la causa. «¿Qué te he hecho yo?, me preguntaba ¿Por qué me tratas tan mal, cuando yo te creía tan bueno?» Estas palabras me afligían; y haciendo un esfuerzo desesperado reducía á Julia al silencio, y besando las manos de Enriqueta, que lloraba, la decía conmovido: «¡Te amo tanto y soy tan bueno cuando no estás á mi lado!» Aquella lucha en mí era horrible... Pero continuemos.

Yo había entregado á mi amante una llave de mi habitación á fin de que pudiera entrar durante mi ausencia y esperarme. Entraba, arreglaba mi despacho, ponía en orden mi ropa y mis libros, ponía mi casa, según yo decía, como una tacita de plata, y cuando yo entraba me decía abrazándome: «No me riñas hoy, vida mía.» Yo se lo juraba dándole un beso, y era completamente feliz cuando la cumplía mi juramento.

– Tengo que pedirte una cosa, me dijo un día.

– Dímelo pronto, para que yo tenga la alegría de dártela en seguida, la contesté.

– Ese collar de ámbar que yo deseaba tanto, y que no es hoy para ti más que un recuerdo insignificante.

A estas palabras Julia se estremeció en mi corazón.

– ¡Jamás te daré ese collar!, dije yo gravemente á Enriqueta; te prohibo volver á hablarme de él, y si quieres evitar una desgracia, líbrete Dios de tocarle jamás.

Enriqueta quiso insistir, pero yo me puse furioso, y se marchó diciéndome:

– ¡Jamás creí que pudieras ser tan cruel conmigo!

– ¿Por qué no quieres darla tu collar?, pregunté yo á Julia, cuando al quedarme solo pude interrogarla.

– Me habías prometido que me enterrarías con él: bastante he hecho con haberte perdonado tu descuido. Pero el collar es mío, no debe pertenecer á nadie, y si esa mujer le toca, la ahogo con mis propias manos.

Llegaron los primeros días de agosto. Un calor sofocante se desprendía de un cielo de plomo; los pájaros permanecían silenciosos entre las inmóviles hojas; su aire espeso y carbónico se extendía por los campos secos como por encima de un terreno sulfuroso. Se oía á lo lejos el sordo rumor del trueno. Yo volvía de la Universidad casi tambaleándome, sin

tiendo un círculo de hierro que oprimía mis sienes: mis ideas extrañas y como dislocadas se agitaban en mi cabeza sin poder coordinarse, y aunque ardía mi piel, una especie de frío glacial circulaba por mis venas y se escondía en mis huesos; los objetos danzaban ante mis ojos y tomaban formas extrañas; un ruido sordo monótono aturdía mis oídos: estaba como ebrio y vacilaba á cada paso.

Enriqueta estaba en mi habitación cuando entré. Al verme dió un grito de espanto de que me he acordado después, pero que no advertí en aquel momento. Tal era mi fatiga que sin ver nada me dejé caer en una silla con la frente entre mis manos.

– ¿Qué tienes?, me dijo Enriqueta. ¿Estás malo?

– Sufro mucho, la dije; este calor me asfixia.

Me humedeció las sienes con agua fría, y al levantar yo los ojos hacia ella para darle gracias, vi el collar de ámbar que brillaba en su cuello como un rosario de fuego. La desgraciada se había aprovechado de mi ausencia para probársele, y mi llegada la había sorprendido antes de que pudiera quitársele. A mi vista Julia se levantó en mí como una furia; yo la oía materialmente que gritaba sin cesar dentro de mi corazón:

– ¡Mi collar! ¡Mi collar!

Una rabia ciega se apoderó de mí; una nube de sangre turbó mi vista, y como la que se agitaba en mí comencé á gritar:

– ¡Mi collar! ¡Mi collar!

– ¡Aquí está, aquí está!, respondía Enriqueta aterrada, corriendo por el cuarto pálida de espanto y no pudiendo desatar el lazo que le sujetaba á su cuello.

Yo la perseguía repitiendo siempre: «¡Mi collar! ¡Mi collar!,» sin conciencia de mis palabras ni de mis actos, ebrio, loco quizás, idiota de seguro.

Enriqueta se había echado en mi cama huyendo y estaba acurrucada junto á la pared, tiritando de espanto.

– ¡Yo no quería llevármelo! ¡Era jugando!... ¡Perdón... perdón... no volveré á tocarle!...

Yo no escuchaba, ó mejor dicho, no oía nada. Una fuerza invencible me arrastraba.

– ¡Mi collar!, grité. ¡Miserable, me has quitado el collar!

Alargué el brazo, cogí el collar con ambas manos y tiré hacia mí gritando:

– ¡Tráelo, devuélvemelo!

Una voz ahogada respondió algo que yo no oí... Tiré más... mucho más, y como el cordón no cedía, empecé á retorcerle cerrando mis ojos y no viendo en la habitación más que á Julia de pie furiosa. ¿Cuánto duró aquella horrible escena? No lo sé. Una eternidad sin duda, porque el tiempo me pareció larguísimo. Oí una especie de ronquido ahogado, sentí sobre mis brazos unas manos que golpeaban sin concierto y abrí mis párpados. Tardé mucho tiempo en ver, pero lo que vi fué horrible. Enriqueta, atravesada en mi cama, tenía la cara como la cera, pero con manchas violáceas; sus ojos abiertos desmesuradamente no enseñaban más que su órbita blanca atravesada por hilos sanguíneos; su lengua tumefacta aparecía lívida en el borde de sus labios cardenos; mi mano, mi mano nervuda apretaba todavía el collar, del que algunas cuentas rotas rodaban sobre la colcha blanca. Separé lentamente mis dedos con un espanto tranquilo; una línea encarnada dibujaba alrededor del cuello un círculo sangriento; ni el más leve soplo levantaba aquel pecho inmóvil. Puse la mano sobre el corazón... ¡No latía!... ¡La pobre, la bondadosa Enriqueta, estaba muerta!

Caí aplanado de rodillas, con la frente apoyada en el lecho donde yacía la pobre criatura, sin comprender nada del crimen que acababa de cometer, presa de un aturdimiento que me hacía dudar de mi razón, con un ruido de campanas que me ensordecía y sin atreverme á levantar los ojos para no ver aquel horrible cuadro.

– Vamos, me dije después de un largo rato, ha sido una irremediable desgracia; soy el instrumento de un asesinato, más que el asesino; debo entregarme lealmente á la justicia y decir la verdad.

En el momento de salir pensé en mi amigo Esteban y prorrumpí en sollozos. Cuanto me serené un poco abrí mi puerta con mil precauciones, bajé de puntillas la escalera y me dirigí á casa del juez, que era uno de mis mejores amigos.

– ¿Qué le trae á V. por aquí, con este sol abrasador?, me dijo.

– Vengo á decir á usted que acabo de matar á una mujer.

– ¿Usted? ¡Vaya una broma!

– No bromeo, le respondí llorando; la desgracia que vengo á anunciarle es una triste verdad. He cometido un crimen.

El juez estaba absorto y no quería darme crédito. Yo insistí y él me dijo:

– Pero ¿cómo la ha matado usted? ¿De un tiro? ¿Con un arma cualquiera?

– ¡Con el collar!

– ¿Con el collar? ¿La ha estrangulado usted? ¡En marcha! ¡Corramos!

Llamó al escribano y á dos alguaciles, entre los cuales me colocó, y nos dirigimos á mi casa. La vergüenza me ahogaba; hubiera querido que me tragase la tierra.

Penetramos en el cuarto: al ver sobre la cama á Enriqueta muerta y crispada aún por las últimas convulsiones, el juez gritó:

– ¡Era cierto!

Después, acercándose á ella, quiso quitarla el collar, diciendo:

– Este es el instrumento del delito.

Un nuevo acceso se apoderó de mí y me precipité sobre el juez gritando:

– ¡No le toque usted!

Los alguaciles me sujetaron, me ataron las manos y me hicieron sentar en un taburete. El juez me interrogaba, y cuando yo le respondía, alzaba los hombros y decía:

– ¿A quién quiere usted hacer creer esas necedades?

Yo no intentaba nada sin embargo, y Julia, que se desesperaba en mi corazón, estaba allí para afirmar que yo no mentía. Cuando salimos, todos los vecinos llenaban la calle; con dificultad y defendido por los alguaciles pude atravesar la calle. Todos querían verme; unos me compadecían, otros me insultaban.

– «Si está loco desde la muerte de su mujer.»

– «¡Bah! Es un viejo hipócrita. Ya mató á un hombre en duelo hace años.»

Yo bajé la cabeza no atreviéndome á mirar á nadie.

Me llevaron á la cárcel, donde me encerraron en una especie de celda, solo, en presencia de un crucifijo de madera negra clavado en la pared. Yo me eché vestido sobre un catre y dormí mucho tiempo, con un sueño de plomo, como se debe dormir en la tumba. Cuando desperté quise recordar los acontecimientos de aquel día maldito, y temblé á la idea de que Enriqueta se apareciera en mí, como lo había hecho el capitán y lo hacía aún Julia; pero ésta, guardián vigilante de mi corazón, donde había reinado en vida y donde quería reinar después de su muerte, no permitió la entrada en él de su rival.

Vino un médico; me tocó la frente; me hizo hablar mucho tiempo sobre diversos asuntos, y se fué moviendo la cabeza; también vino un sacerdote, que me habló mucho del fuego de las pasiones. Estoy solo, siempre solo... y me ahoga el remordimiento. Apenas me atrevo á hablar á Julia; y cuando la dirijo la palabra se echa á llorar y no puede responderme más que estas palabras:

– ¡Perdóname, perdóname!

Dicen que se verá pronto mi causa. Yo me pierdo en este dédalo, donde ningún hilo me guía, y sin embargo yo diré con toda sinceridad:

– He perpetrado el crimen, pero no lo he premeditado; soy inocente de tal delito, como es inconsciente el cuchillo del asesino que se sirve de él para su infamia. ¡Que Dios me perdone si pronuncio una blasfemia, pero afirmo con toda mi alma que soy inocente!

***

Yo le vi muchas veces en el manicomio de Leganés. Era un hombre alto, desgarbado, de unos cincuenta años de edad, pálido y delgado. Generalmente estaba silencioso y solitario; tranquilo y amable durante meses enteros, y presa de inexplicables furores, que explicaba, pasado el acceso, diciendo:

– ¡No soy yo; es mi mujer!

No se quejaba. Aceptaba su suerte con humildad, persuadido de que no era á él mismo, sino á Julia, á quien se tenía en prisión por haber asesinado á su amiga. Leía mucho y escribía durante horas enteras, en pliegos grandes, con una letra microscópica y llenando con doscientos ó trescientos renglones aquellas páginas incomprensibles, de las que aún conservo algunas.

En ciertas épocas del año, sobre todo en los días caniculares, se turbaba, abandonaba sus tranquilas ocupaciones, injuriaba á los enfermeros y parecía prever sus accesos furiosos.

Al envejecer. su salud se alteró visiblemente, pero no por eso dejó de aprovechar todas sus horas de reposo para escribir.

Se descubrió después de su muerte, bajo el colchón, un enorme manuscrito; era el famoso tratado que había compuesto en el manicomio y que se titulaba así:

De la resurrección de los muertos en los vivos, y de



OCASO, cuadro de D. Modesto Urgell. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

las modificaciones que este importante descubrimiento debe producir en las leyes morales, filosóficas y políticas vigentes.

Se conserva este manuscrito en el manicomio de Leganés, y se enseña á los curiosos notables que visiten el establecimiento.

LUIS M. DE LARRA



EL TRAJE NUEVO, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda

EN EL LAGO DE HAMMERFEST

– ¡Diablo!, exclamó súbito Mr. Ferguson quien, sentado en su gabinete de estudio de Queen Street, en Londres, leía *The Times*. ¡Diablo!, repitió en vivo soliloquio. No se me había ocurrido tal cosa. Decididamente he sido por esta vez un imbécil; pero aún puedo reparar la falta.

Y así discurriendo, tocó el timbre colocado sobre la mesa y casi en el mismo instante decía al ayuda de cámara que penetraba en el despacho:

– Dispón mi equipaje; toma un billete hasta París y que la berlina esté enganchada para llevarme al muelle, á la salida del vapor.

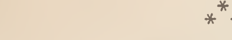
– Bien, limitóse á responder el interpelado, sin duda práctico en la manera de ser de su señor.

Este dobló el periódico, hizo varios apuntes, sacó de la mesa una cartera con valores, dió algunas órdenes y esperó tranquilo fumando, inmóvil como una estatua.

Poco después el ayuda de cámara, previo el oportuno permiso, entraba de nuevo en la estancia.

– Todo se halla dispuesto, dijo.

– En marcha, repuso Mr. Ferguson con laconismo británico. Salió y una hora más tarde quedaba instalado en el vapor que luego navegaba con rumbo á la costa de Francia.



***

¿Quién era Mr. Ferguson?

Sencillamente un millonario caprichoso. Contaba treinta y seis años, estaba viudo, y la pérdida de su esposa, que lo dejó solo, lo puso en la tremenda disyuntiva de suicidarse ó de aceptar la situación con todas sus consecuencias. Nuestro hombre concedía poco espacio á la adopción de un camino, y en pos de discurrir cinco minutos hubo de comprender que debía resignarse, y se resignó; pero como poseía elementos para mitigar, dentro de lo relativo, las amarguras de su alma, procedía en términos de luchar contra el aburrimiento y aniquilarlo en cada uno de sus embates.

Mr. Ferguson iba á Hammerfest, el mar Glacial, con la propia indiferencia que si fuese de una calle á otra de la City. Había leído en *The Times* que aquella capital era entonces el punto de reunión de los aficionados á patinar, ó sea su recreo favorito, y resolvió distraer su ánimo y abrir un paréntesis á la tristeza de todos los días.

Ferguson se embarcó en Hamburgo á bordo de uno de los vapores de la compañía de Bergen que desde aquel puerto recorren las costas de Noruega, doblan el cabo Norte y llegan á Vadso, después de una travesía de setecientas leguas.

Entre los compañeros de pasaje figuraba un alemán que se dirigía á Hammerfest para adquirir pieles y establecer con aquella plaza y la de Berlín relaciones mercantiles. No tardaron en tratarse Ferguson y el alemán, y conocido el móvil de sus respectivos viajes, surgió, como resultado del amor propio, una singular apuesta. Ferguson se consideraba patinador privilegiado; el alemán juzgábase invencible en tal ejercicio, y de ahí el reto y el propósito de dirimir el debate en el lago de Hammerfest.

Un inglés, partidario de Ferguson por el sentimiento nacional, terció en las amistosas discusiones, pero dió al hijo melancólico de Londres un mal rato, aunque sin deliberada intención.

– Compañero, le dijo, no me cautiva el recreo de patinar.

– En ese caso, advirtió Ferguson, alguna otra será la distracción predilecta de usted.

– Sin duda.

– ¿Y es indiscreción preguntar en qué consiste?

– De ningún modo.

– Gracias.

– Me gusta la soledad, y dando vueltas en mi imaginación al medio de satisfacer mis aspiraciones, encontré lo que buscaba, simplemente con alquilar en Namsos una pequeña isla para dedicarme á la caza y la pesca.

– ¡Diantre! Ese rasgo aventaja al mío, pensó Ferguson.

– Es un solaz como pocos.

– Lo creo.

– Pronto inauguraré mis expediciones, pero antes deseo visitar Hammerfest.

– Me felicito de tener tan respetable compañero de navegación.

– ¡Caballero!... Y ¿conoce usted el país?

– No, señor.

– Lástima, porque abunda en bellezas naturales de primer orden.

– He aquí, precisamente, una de las razones que me han impulsado á emprender el viaje.

– Prescindiendo de lo esencial.

– Justo. Mas creo, aparte de mi capricho, que la descripción de un paraje ó una comarca resulta incompleta, porque la impresión individual es la que le presta su tono característico. En otros términos; el mejor libro de viaje es el viaje mismo.

– Estamos de acuerdo.

– ¿Qué barca es esa que se aproxima al vapor?

– La que trae al piloto.

– ¡Cómo!...

– No es posible penetrar en Noruega sin un piloto del país, aunque en muchos casos el hecho sólo significa una de tantas formalidades.

***

La travesía careció de accidentes interesantes. La breve escala en Bergen dió á Mr. Ferguson idea del frío que debía sufrir antes de calzar los patines en el lago de Hammerfest.

Dos días después de la llegada á Bergen fondeaba el vapor en Throndhjem, no sin que los pasajeros admirasen las imponentes montañas de la costa, fecunda en lagos, ríos y canales, debidos á la acción del mar en las tierras vecinas.

Christiansund, otro punto de escala, está edificado en un árido suelo. En cambio, la naturaleza toma aquí un aspecto alegre y risueño, peculiar de todo este país de Throndhjem, nombre de la antigua capital de Noruega, población que brinda en sus alrededores una curiosa excursión á las caídas de Leerfoss, originadas por el Nid, el Nida ó el Nidar, impetuoso río, especie de torrente que fertiliza los campos.

Quince días después de partir de Throndhjem tocó el vapor en Namsos, y allí el aficionado á la pesca y la caza ofreció á Ferguson el islote de que le había hablado y que aparecía como una mancha cenicienta en el horizonte, cerca de la desembocadura del río Namselo.

Dormía á poco profundamente Ferguson, cuando su amigo el inglés lo despertó. Incorporóse aquél en la litera, y ante las exclamaciones de su compatriota, dijo:

– ¿Qué sucede?

– Quiero que vea usted una de las maravillas del mundo, contestó su compañero.

– ¡Ah!

– Suba usted al puente, amigo mío.

– Vamos en buen hora.

– Observe usted esa montaña en medio del mar.

– La observo.

– Pues es el Torghatan, roca de más de mil pies de elevación. Repare usted su remate.

– Parece el sombrero de un marinero.

– Exactamente; y por eso se llama *Sombrero de la isla*.

– Creo notar una caverna ó túnel que atraviesa la montaña de parte á parte en el fingido sombrero.

– Tiene usted razón. Esa galería se extiende en una longitud de trescientos metros, y en determinada hora del día el sol ilumina la cavidad produciendo un fantástico efecto.

Ferguson guardó silencio mientras contemplaba extasiado la severa roca; y es que la admiración toma en ocasiones, para manifestarse, el aspecto de la indiferencia, confirmando el adagio de que los extremos se tocan. Por lo común, percibimos lo sublime, pero no acertamos á expresar la impresión que nos

causa, acaso por la gran distancia que media entre lo convencional del idioma y lo absoluto del sentimiento.

El último punto de la *Zona templada* es Vüghol-men, montaña que tiene en su base un puñado de casas de madera.

Pasadas las islas de Thrænén, cruzó el vapor el Círculo polar ártico, pero Ferguson no se preocupó del particular, ya por su idea fija, ya porque los sitios más remotos de nuestro planeta perdieron su importancia á influjos de la facilidad de las comunicaciones, que han colocado en la misma categoría un paseo al Rhin y al Danubio que una expedición á Laponia, destruyendo con implacable saña lo romántico, puesto que hoy cualquier turista bebe en la cumbre del cabo Norte la tradicional copa de Champagne, como podía beberla en un hotel de París ó Viena.

Llegado el buque al Círculo polar fué el alemán objeto de bromas, porque esperaba la ceremonia del bautismo con que es costumbre obsequiar á los pasajeros que por primera vez lo visitan.

– Esto es una informalidad, exclamaba el comerciante, y en vista de su actitud reía la tripulación.

El capitán tuvo que intervenir, manifestando que, dado el frío, sería peligrosa y propensa á una pulmonía aquella práctica, y al fin resignóse el testarudo germano.

El Círculo polar, apartado del Polo veintitrés grados y medio, representa el límite matemático que separa los climas de hora de los climas de meses, y allí se deja de ser *heteroscio* para ser *periscio;* en otros términos, nuestra sombra gira á nuestro alrededor en el espacio de un día.

Traspuesto Bodo, capital y ciudad única del Nordland, sigue el grupo de las islas Loffoden, situado en el extremo Norte de Europa, con una superficie mayor de cincuenta leguas á lo largo de las costas de Noruega.

Luego vese la provincia de Finmark, la más septentrional de aquella nación y del continente europeo, que cuenta por capital á Tromso, donde todos los edificios son de madera.

A seguida encuéntrase Loppen y por último el vapor echa el ancla en el puerto de Hammerfest, ciudad que ocupa el fondo de una bahía en la *Isla de la ballena*, próxima al pequeño río Kemi y distante del cabo Norte treinta leguas.

***

Parece inútil decir que el primer cuidado de Ferguson, tan pronto llegó á Hammerfest se encaminó á buscar el lago famoso y no paró mientes en la modesta fonda de la localidad ni en las curiosidades de ésta.

El lago carece de nombre y las indicaciones recogidas en el hotel dieron poca luz al viajero. En cambio la paciencia hizo su oficio, y en la comida de la mesa redonda procuró Ferguson investigar con insistencia.

El comerciante de Berlín estuvo comunicativo, y una preciosa inglesa que viajaba con su institutriz tomó parte en la conversación, riendo ingenuamente, pero sin dar opinión alguna, al conocer el pensamiento á que obedecía el viaje de Ferguson. Este parecía contrariado y acabó por temer que había cometido una simpleza al ir al extremo de Europa en demanda de un frívolo placer. Consolábase no obstante con la presencia de Ester (así se llamaba la inglesa); y de este modo las primeras horas transcurrieron agradables.

A la mañana siguiente salió Ferguson de la ciudad, y andando á la aventura, ganoso de encontrar el lago, internóse en un laberinto de bloques gigantescos, trepó á una montaña sin hallar alma viviente, y por el opuesto lado descendió á una playa tranquila y silenciosa.

Dos gritos lanzados al mismo tiempo llamaron su atención. Ester se bañaba en aquellas aguas glaciales y la institutriz esperaba en la orilla.

El inglés, prudente y comedido, volvió á la montaña, fustigado por el viento rudo y frío.

– ¿Adónde voy?, pensaba. El punto de cita de los patinadores no parece. Busquemos, busquemos.

Y hablando de esta suerte, andaba sin dedicar una mirada al espectáculo grandioso que lo rodeaba. Destacábase hacia Poniente una sucesión de cumbres de rojizo color; las aguas que bañan la ciudad, oculta por un tajo, aparecían inmóviles; al Este emergían las alturas de la isla Soro, coronadas por ventisqueros magníficos, y al Sur se dibujaban otras muchas cimas.

Ferguson descendió de su belvedero y descubrió un pequeño lago. Siguió adelante y al pie de la montaña reanimó su esperanza otro lago, hermoso y adecuado á sus gustos, pues se dilataba en una extensión de tres ó cuatro hectáreas.

– Aquí, exclamó en un arranque de orgullo, venceré al alemán, y es indudable que los periódicos de Inglaterra dedicarán á mi triunfo minuciosos detalles.

Llegó á la orilla; pero ¡oh dolor! el lago no estaba helado; antes bien, sus ondas se levantaban en débiles volutas y se rompían fingiendo copos de nieve.

Ferguson palideció, y sacando del bolsillo el número de *The Times*, que no lo abandonaba, leyó por centésima vez el suelto inspirador de su constante pesadilla. El periódico apuntaba con claridad cuanto se refería al lago, sin omitir que sus aguas se encuentran al mismo nivel del Océano Glacial y ofrece la rara circunstancia de helarse en el invierno en tanto que no se hiela el cercano mar.

¿Por qué no estaba en congelación el lago? ¿Era el caso culpa de la masa de agua, ó del diario de Londres?

El problema carecía de solución, y el inglés, desolado, entró en Hammerfest con el firme propósito de tornar sin pérdida de tiempo á su casa de Queen Street.

***

Al empezar el almuerzo al día siguiente, advirtió Ferguson que Ester se sonrojaba, recordando la presencia del hombre que inadvertidamente había sorprendido sus abluciones. El alemán, enterado del desengaño de su competidor, habló del asunto con alguna ironía, porque en el fondo le interesaba el negocio de pieles mucho más que las impresiones de patinar.

El diálogo chispeante y epigramático se animaba por momentos, pero Ester le dió un giro particular con estas palabras:

– No encuentro atractivo en correr, calzada de patines, por la superficie helada de un lago.

Mr. Ferguson contestó:

– Con permiso de mi honorable compatriota, he de discurrir de distinto modo.

– Lo comprendo, interrumpió el alemán. Sobre todo si se tiene en cuenta la novedad que supone un viaje hasta Hammerfest expresamente para cruzar el lago.

– Cierto que sí, repuso la inglesa; y antes que Ferguson hubiera podido gozar de su triunfo, la joven cortó sus ilusiones con estas palabras:

– Yo soy partidaria de las novedades, y por eso todos los años vengo á bañarme en el mar Glacial.

Un aplauso de los comensales acogió la extravagancia de Ester. Sólo Ferguson incurrió en la descortesía de no aplaudir, y juzgándose vencido, renegó de sus millones y pensó escribir á *The Times* una violenta carta, para expresar que nada vale un periódico donde se prescinde de hacer mención de una inglesa que se baña en el mar Glacial.

La reacción vino á poco, y el viudo, en un arranque de entusiasmo, dirigió á Ester estas palabras:

– Señorita, si usted acepta mi mano me consideraré feliz.

– Mr. Ferguson, respondió imperturbable la viajera, me consta que es usted un cumplido caballero y no tengo inconveniente en admitirlo por esposo.

– ¡Hurra!, gritaron los espectadores de aquella escena, y el regocijo se prolongó largo tiempo.

La viudez se borraba en las lejanías de los recuerdos. La institutriz iría á solicitar otra plaza, y en resumen, de dos viajes informados por la fantasía brotaba una realidad de la vida.

Mr. Ferguson, preguntó el alemán, ¿subsiste nuestra apuesta?

– ¿Quién lo duda?, respondió el inglés.

– Yo propongo una variante, añadió Ester. Que en vez de cruzar el lago con patines lo recorran en velocípedo ambos señores.

– ¡Aceptado!, respondieron Ferguson y el comerciante.

***

Moral de este episodio:

No debemos condenar en absoluto los caprichos. Para proceder así hay precisión de conocer las condiciones intelectuales y fisiológicas de cada individuo. Lo que suele parecernos ridícula forma de la frivolidad, es muchas veces una de tantas necesidades de quien le rinde culto.

Augusto Jerez Perchet

SECCIÓN AMERICANA

EL PRESIDIO DE LA HABANA

– Es necesario que vaya usted á presidio, me dijo el contador del mismo, mi amigo Federico Aranaz.

– ¡Caracoles!, repliqué asustada.

– Nada de caracoles ni de interpretaciones dobles: quiero que vea usted *nuestra casa*, para que se convenza de que en la capital de la isla de Cuba se hace algo más de lo que... de lo que yo sé y usted no ignora.

– Está bien: veremos eso; ¡pero si no me entusiasmo, pobre de usted, le desuello!

– Acepto.

Al día siguiente nos encaminamos mi hijo y yo al tranvía de vapor que nos había de conducir á la capital desde el Vedado, delicioso pueblo de campo, que es á la Habana lo que son á Barcelona San Gervasio y Sarriá.

Nos metimos en un coche largo, muy largo, con sus cuarenta asientos, estrechitos por cierto, con brazos de hierro, bajos y molestos, que es una bendición de Dios. El pasaje á que conducen estos coches es de lo más heterogéneo. Negros, chinos, mulatos, trabajadores blancos, señoritos verdinegros, caballeros que soplan de calor, señoras ligeramente vestidas, negritas que parecen moscas en leche con sus almidonados trajes alabastrinos, llenos de faralares y puntillas; todo, en fin, lo que constituye la mezcla de raza y el cruzamiento animal que produce degeneración ó perfeccionamiento, no lo sé y allá se las compongan los naturalistas. Veinte centavos billete cuesta cada pasaje, que resulta dos realitos en plata de los que en España *se estilan:* me parece bastante para treinta minutos escasos de viaje.

Los cobradores de estos tranvías ni llevan bolsas ni talonario: los billetes fraccionarios se meten en un bolsillo, los de á peso en otro y los de tres pesos, máximum de lo que obligación de cambiar tienen, se divorcian también para no dar lugar á confusiones.

¿Que si no irregularizan algunos empleados? *¡Ni por dónde!* Los coches tienen en ambas bandas dos barillas de hierro esquinadas que terminan en un indicador. El cobrador hace medio girar la barilla con una llave tornilladora, y por cada billete que cobra suena una vez el timbre pasando el guarismo que indica el número de asientos. Llegado al punto de parada, se da cuerda al reloj indicador que marca el viaje y vuelve á los dos ceros para comenzar de nuevo la tarea.

Con este sistema, ni se molesta al público con papelitos y revisiones, ni se necesita tanto personal, ni se pierde otro tiempo en las oficinas que el de la confrontación de relojes y recuento de papeles mugrientos, que tal es la moneda corriente en esta tierra legendaria del oro, por activa y pasiva.

Hemos llegado á la punta, explanada en donde termina el férrocarril de vapor (cuya empresa no ha logrado permiso para introducir sus maquinitas en el centro de la ciudad) y en donde el presidio se halla enclavado.

Al trasponer el muy elegante y alegre zaguanete de la entrada principal me puse trémula; el espectáculo de la desgracia me conmueve desde que lo presiento. He visitado otros presidios, aun los que pasan por modelo penitenciario, y en todos me ha herido el sentimiento, la compasión, la piedad, la idea humanitaria sobreponiéndose á la culpa y compadeciendo al culpable. En todos los edificios penitenciarios que he visitado hubiera adivinado sin esfuerzo el porqué allí vivían tantos hombres en comunidad odiosa; en el presidio de la Habana me fué preciso recurrir á la reflexión para persuadirme de que aquellos hombres eran criminales.

Del despacho del comandante, el amabilísimo caballero catalán señor Calvetó, persona de antiguo conocida y apreciada en Barcelona, pasamos á las oficinas, en cuyas mesas hacían el oficio de escribientes algunos penados, limpios, aseadísimos, con trajes blancos y corrección de personas bien educadas. Aquellas oficinas me parecieron modelo de pulcritud estadística: más que difícil creo imposible llevar á mayor grado la escrupulosidad administrativa. Recorrimos el edificio, que es malo y deficiente, pero tan limpio, tan limpio, que ni una ráfaga de olor desagradable se advierte en ninguno de los departamentos.

Las salas dormitorios de los blancos son distintas, aunque iguales entre sí, de las que albergan á los hombres de color, y éstos á su vez también están apartados de los asiáticos. La separación de razas se hace necesaria para evitar guerras intestinas y antagonismos inevitables en el rozamiento de seres que



UNA TARDE DE OTOÑO EN EL BOULEVARD SAINT-MICHEL, cuadro de Leroy Saint-Hubert. (Salón de París de 1891.)

son considerados inferiores á pesar de la humanidad y de la manumisión redentora.

Recorriendo las salas mal ventiladas y peor avenidas con lo que el resto del establecimiento presenta, llegué á olvidarme de que aquellos hombres estaban presos por delitos comunes; parecían soldados de un ejército mimado y atendido con extraordinario cariño; las camas se recogen de día y el suelo se ve limpio sin exageración; ni el más pequeño residuo de cigarro se advertía, y eso que aquellos hombres fuman. Todas las salas están provistas de los correspondientes receptáculos para las colillas. Ni un penado falta á la ordenanza; se habitúa, por el contrario, á costumbres de decencia y educación que jamás ha tenido.

El taller de tabaquería que uno de los grabados representa, es de lo más curioso que he visto. Jamás supe cómo se envolvían los puros que deleitan al vicioso, saturándolo del aroma que tanto aprecia aquel que pospone todas las felicidades á las delicias de un buen habano. Unos escogen la vitola, otros la envuelven con esmero, y de aquellas hojas secas y esparramadas surgen de pronto las *conchitas*, los *trabuquitos*, las *brevas* y cuantos nombres se conocen en el tecnicismo de la tabaquería. El taller de cigarrillos está completamente separado, pues aquí la cigarrería es completamente distinta de la tabaquería.

Pasamos al archivo y á las habitaciones destinadas á cuerpo de guardia.

El archivo es en su clase lo que vulgarmente pudiéramos decir que no se ha visto. Pusimos á prueba la bondad del señor Calvetó pidiendo antecedentes de penados, muy antiguos unos, más modernos otros y variadísimos todos; le dimos dos minutos reloj en mano para buscarlos, y antes de los dos minutos teníamos en la nuestra la carpeta cuidadosamente conservada, con los datos y expedientes que pedíamos. Si el director, que por lo mismo de serlo está exento de esos trabajos, encuentra datos recónditos tan á la *minuta*, ¿qué harán los empleados á cuyo cargo corre el archivo?

Las habitaciones de guardia están con toda la comodidad apetecible. Despacho, dormitorio, tocador elegante, cuarto de baño con su ducha correspondiente, y todo respirando alegría, limpieza, buen gusto... ¡Qué largos se les pondrán los dientes leyendo esto á los empleados de los presidios de la península!

Fuimos á misa, y la fotografía correspondiente podrá dar una idea del acto. Propiamente dicho no hay capilla, pero hubo buena voluntad y se aprovechó un pasillo cómodo para levantar un altar, que se cuida con pulcritud, dándole aspecto de oratorio particular de dama religiosa.

Después de mi visita subí á las habitaciones del director, en donde una elegante y distinguida señora, la de Calvetó, me aguardaba para ofrecerme un asiento en la mesa de familia.

Aranaz estaba de guardia, y el señor Calvetó sienta diariamente á su mesa al oficial de servicio.

Conversamos mucho: hablamos de la patria, de Barcelona sobre todo, y excuso decir que siendo el comandante del presidio hijo de Cataluña y yo apasionadísima por la ciudad condal, fué durante el almuerzo cantado el himno más entusiasta al pueblo de nuestros amores y de nuestros recuerdos. Parajes, personas, edificios... todo lo recorrimos conmovidos, ¡hasta los niños ayudaban á nuestra memoria con sus tiernos recuerdos!

El señor Calvetó, con una sinceridad que le honra, me dijo que á su antecesor, el señor Buitrago, se debían todas las reformas, que él continuaba con entusiasmo procurando conservar y proseguir la obra por aquél iniciada.

La banda de música tocó algunas piezas admirablemente, sin que se pudiese pedir más, dados los instrumentos de que se servían, viejos y deteriorados.

Federico Aranaz, que considera hechura suya la música penitenciaria, no cabía en sí de gozo. «Todos esos tendrán un oficio digno mañana que cumplan,» decía, y decía bien.

El señor Calvetó se ocupa en estos momentos de la escuela, que pronto será un hecho, para la educación completa de los penados.

El calor era sofocante y no quisieron que aquel día visitase yo el hospital. «Venga usted una mañanita,» me dijeron; y con efecto, á los dos ó tres días me apeaba de nuevo á la puerta del presidio.

La enfermería está muy próxima al edificio principal, dándosele acceso por una verja adornada con enredaderas y grandes macetas. Un jardín cuidado con esmero sirve de unión á las distintas dependencias, separadas las unas de las otras, pero en tal aseo todas ellas, que cuesta trabajo convencerse de que formen parte de un hospital penitenciario.

El practicante interno, cuyo nombre siento no recordar, será muy pronto una joya de la facultad habanera.

La botica, á cargo de inteligente y joven farmacéutico, las cocinas, los almacenes de ropa toda nueva y de hilo, el taller de herrería y carpintería, las cuadras, las cocheras, la mayordomía, el kiosco del jardinero, las salas de enfermos, baños, fotografía y todo el conjunto, en fin, que se conoce con el nombre de *fosos* admira por su belleza risueña y por la limpieza que se advierte, sobrepujando á cuanto en España tengamos por mejor en la clase.

El servicio se hace con penados y no hay una sola mujer en el hospital.

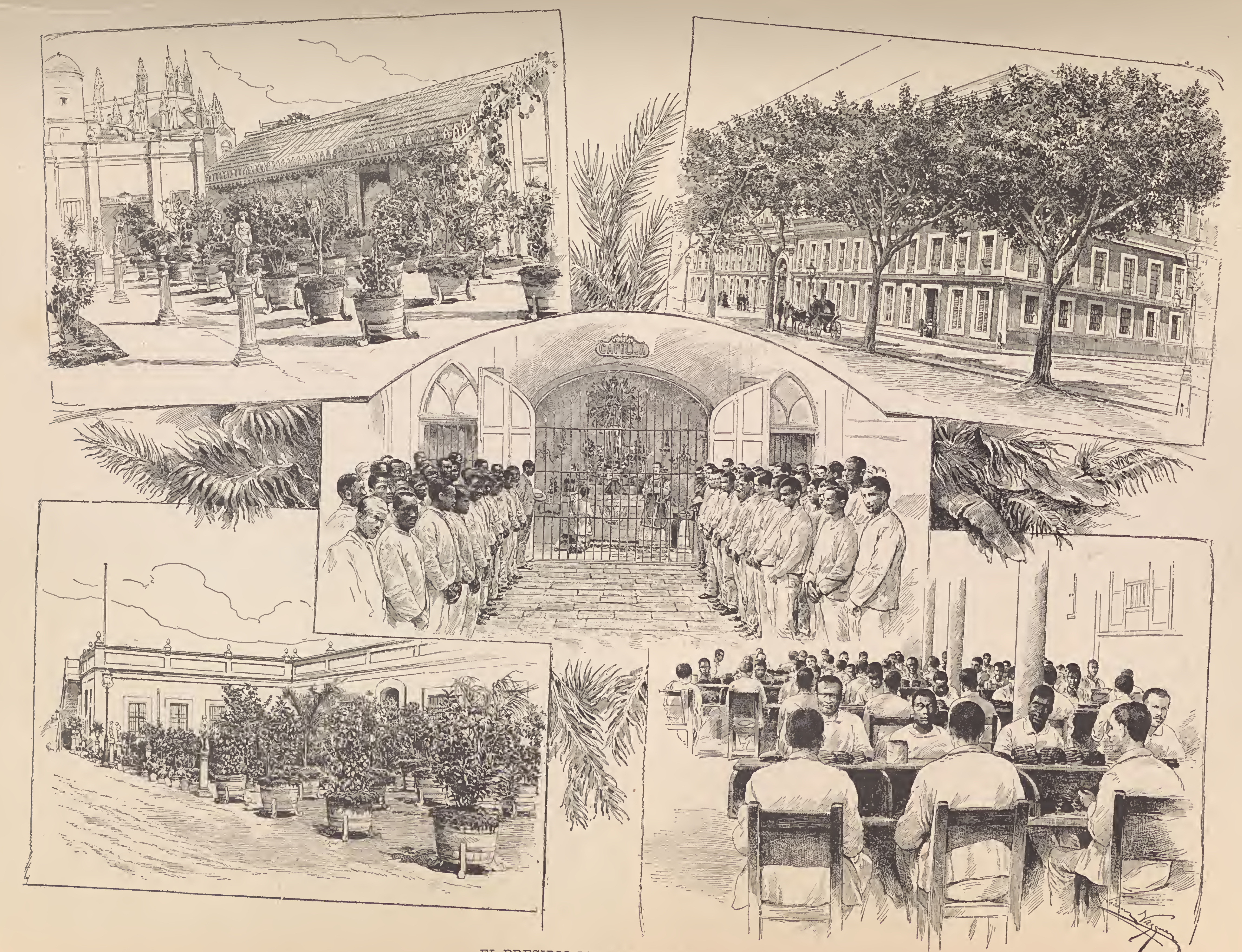
Las vistas del exterior de la enfermería, baños y taller de fotografía darán idea de que no exagero en mis elogios.

Me retrataron: un penado, joven también y principiante por más señas, sacó los retratos de mi hijo y mío con un parecido admirable.

Haré constar que sin sobarnos la cabeza, ni ponernos la manita así, ni la barbilla levantada, ni el cuerpo inclinado, ni cosa que amanere y fastidie al que pretende reproducir su efigie.

– Este también tendrá oficio cuando cumpla, me dijo Aranaz.

El fotógrafo es de Burgos, cumple condena por una firma echada sin suerte, y digo sin suerte porque otros hacen lo mismo y se pasean libres.



EL PRESIDIO DE LA HABANA

Baño de la enfermería y taller de fotografía. – Vista exterior del presidio. – Capilla. – Vista



LECTURA, cuadro de D. Juan Llimona
(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes Barcelona.)



PASTOR DEL PIRINEO, cuadro de D. Dionisio Baixeras
(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

RECUERDO DE LLAVANERAS, cuadro de D. José Masriera. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

EL PRESIDIO DE LA HABANA

Baño de la enfermería y taller de fotografía. – Vista exterior del presidio. – Capilla. – Vista exterior de la enfermería. – Taller de tabaquería. (De fotografías remitidas por Doña Eva Canel.)



LECTURA, cuadro de D. Juan Llimona
(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes Barcelona.)



PASTOR DEL PIRINEO, cuadro de D. Dionisio Baixeras
(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

RECUERDO DE LLAVANERAS, cuadro de D. José Masriera. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Como todos los individuos del presidio, vestía de blanco, esmeradamente limpio y revela buena educación. En medio de su desgracia resulta afortunado: vive entre flores en un jardín fragancioso y es visitado por cuantas personas recorren los *fosos*, que son muchas. Los yankees han dado en la manía, que Dios les conserve, de pasar durante el invierno grandes temporadas en la Habana, y ninguno se vuelve al Norte sin hacer al presidio y á la enfermería la visita obligada.

El coche celular es magnífico y adecuado á las exigencias del clima.

Nos dieron café con leche; ¡pero qué leche y qué café! No se crea que especial, nada de eso, del mismo que toman los reclusos enfermos.

También probé el rancho y el pan.

Desde que todo el mundo sabe aquí que yo ponía el *visto bueno* al rancho que se daba á los soldados á bordo del *Alfonso VII*, no puedo entrar en un establecimiento en donde haya potaje sin que me lo den á probar. El del presidio era riquísimo, así como el pan, blanco, esponjoso y tierno como el mejor.

Para terminar con la organización y servicio de un penal que ahora y siempre será honra, quizás la única desgraciadamente, de nuestra administración antillana, diré que se persigue el objeto santo de formar al recluso un capital con el que pueda atender á sus necesidades durante los primeros meses que vuelve al mundo. El penado tropieza siempre al salir de presidio con los inconvenientes de su procedencia para encontrar trabajo: teniendo medios para vivir una temporada, puede regenerarse más fácilmente que careciendo de consideración y de dinero.

Pero lo que más admirarían los penados de la península, si este artículo llegase á sus manos, sería el que no se da un caso de insubordinación ni de castigos, y pocos, poquísimos de fuga en los trabajadores de las cuadrillas que prestan servicio municipal. Esto es más elocuente mil veces que todos los elogios.

Y gracias á Dios que una española puede hablar bien de cosas de España, aunque sean pasadas sus aguas.

Eva Canel

Habana, 1891

NUESTROS GRABADOS

Estudio, cuadro de D. Daniel Hernández (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Estudio tituló modestamente al bellísimo cuadro que remitió á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y que reproducimos en la primera página, el distinguido pintor peruano Daniel Hernández. Establecido en París desde hace algunos años, después de haber permanecido en la Ciudad Eterna, parece como que ha recogido la elegancia de tonos y de líneas que tanto ha distinguido las producciones de algunos artistas parisienses. Al estudiar los cuadros de Hernández vese que en ellos hállanse armónicamente reunidas las dotes del artista y la habilidad del pintor. Sus lienzos cautivan, no sólo por la riqueza de sus pormenores, sino también por la belleza y elegancia de líneas, sorprendiendo por la encantadora plasticidad y suavidez y finura de las carnes, que tan hábilmente sabe interpretar. Si de algo pudiera motejarse á Hernández, sería, quizás, por extremar algo la belleza, cual si en ella se cifrase el *summum* del arte. Pero aun así y dando como cierta esta propensión, este empeño del pintor, resultaría siempre que descuella en sus obras por su maestría, tanto en el esbozo como en el colorido, elegante en las líneas, de suavísimos y delicados tonos, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, no convertido en máquina fotográfica para reproducir fielmente la naturaleza, sino al hombre que sintiendo el arte, embellece cuanto transporta al lienzo, dejando en él indelebles huellas de su inteligencia.

***

¡Soy yo!, estatua en bronce de D. Félix P. de Tavera (premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Ha llamado simultáneamente la atención de los aficionados é inteligentes en las Exposiciones de Bellas Artes de París y Barcelona una preciosa estatuita en bronce, representando un rapazuelo parisiense que, con las manos metidas en los bolsillos y con aire de maliciosa sencillez, parecía decir á los que se fijaban en su pequeñez «¡Soy yo!» Y preciso es convenir que el infantil personaje tenía sobrados motivos para llamar hacia sí la atención de los visitantes, puesto que el escultor que tan bien supo retratarlo no pudo sospechar seguramente que llegara á asimilar de manera tan completa ni á poder conseguir animar su modelo hasta el extremo de constituir una feliz creación. Pocos centímetros tiene la estatua, y á pesar de sus reducidas dimensiones, cabe consignar que ha sido la obra escultórica que más ha llamado la atención del público en la Exposición de Barcelona, habiendo dado lugar en la de París á que fuese objeto de una sustracción por algún aficionado poco escrupuloso. Félix P. de Tavera, que tal es el nombre del autor, ha dado gallarda muestra, por medio de esta obra, de que es un escultor de verdadero temperamento artístico. Filipino, como lo es Luna, y hermano político del autor del *Spoliarium*, empieza, pues apenas hace cuatro años que dedica á la escultura sus ratos de ocio, dando pruebas de raro ingenio y notoria habilidad. Sin profesores que cultivaran sus aptitudes, ha logrado, sólo por el esfuerzo de su inteligencia, colocarse en el número de los jóvenes escultores que prometen ser una gloria para el arte español, siendo más dignos de notarse los resultados si se tiene en cuenta que Tavera posee el título de doctor en Medicina y que sólo modela cuando se lo permiten sus enfermos y sus deberes profesionales.

Su primer trabajo obtuvo una recompensa en la Exposición Filipina celebrada en Madrid, alcanzando también otro premio su segunda obra en la Exposición Universal de París, y la última, ó sea la en que nos ocupamos, la acaba de obtener simultáneamente en la de París y en la de Barcelona.

Plácemes merece la última producción de Tavera, y aunque la humanidad doliente reclame los cuidados del hombre de ciencia, nosotros deseamos que el artista prosiga su camino, para el que indudablemente ha sido llamado, convencidos de que ha de lograr señalados triunfos.

***

Ocaso, cuadro de D. Modesto Urgell (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Curiosa es en extremo la personalidad de este distinguido y laborioso artista catalán. Quien le vea por primera vez no podrá adivinar que aquella cabeza de facciones inteligentes, rodeada á modo de elegante marco de abundosos y blancos cabellos, con los que hacen contraste unos ojos de fuego, vivos y retozones, conciba composiciones apacibles y melancólicas, avaloradas por el dulce encanto que les presta la poesía. Comparado el pintor con el género especialísimo de sus obras, ofrece contrastes y produce sorpresas. De carácter jovial y hasta expansivo, deléitase y entretiene sus ocios en el teatro, siendo el obligado espectador de los coliseos en donde se rinde culto al drama y á la tragedia. Muchos admiran á Urgell como amigo sincero y bondadoso maestro, habiendo logrado como pocos ser respetado por sus bellas cualidades y por la valía de sus obras.

Pinta sólo paisajes, pero paisajes solitarios y tristes que, á pesar de su sencillísima composición, acusan dominio y maestría en quien los ejecuta. En todos sus lienzos obsérvase la media tinta suave y delicada que en los cielos y verdes frondas determinan una placidez y melancolía que les hace simpáticos y agradables hasta el extremo de producir cierto encanto rayano con la poesía.

Difícil sería recordar sus composiciones, tan considerable es su número. En todas ellas hállase impreso el mismo carácter, y todas, al igual de la que reproducimos, denuncian el sentimiento del artista y justifican la fama que éste ha adquirido camo paisista español.

***

El traje nuevo, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda. – Otro cuadro, bello como todas sus producciones, ha pintado recientemente Luis Jiménez por encargo especial de un acaudalado yankee. *El traje nuevo*, que tal es el título del lienzo, recuerda el género especial cultivado por nuestros artistas durante el período de evolución y que significa la segunda fase de la vida artística de Jiménez. Con mejor acierto que su hermano José, abandonó las chupas y los casacones para emprender denodadamente la nueva escuela y los conceptos del modernismo, que reclaman mayor suma de estudio y espíritu de observación. Su gran lienzo *La visita de una sala del hospital*, que tan discutido fué por aficionados é inteligentes, acaba de ser premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín con un gran diploma de honor, sancionando en cierto modo la primera recompensa conferida por el Jurado en la Exposición Universal de París. Si justo fué el primer acuerdo, no lo es menos el del Jurado alemán, ya que á pesar de los juicios apasionados de los representantes de los antiguos moldes, el cuadro de Luis Jiménez es una brillante manifestación del modernismo. Este, al igual de los que caminan por la misma senda, inspírase en los ideales artísticos de este siglo, convencido de que al pintar la sociedad actual, los dramas vivos, internos, que en ella se desenvuelven, escribe con el pincel la historia de su tiempo.

***

Una tarde de otoño en el Boulevard Saint-Michel, cuadro de Leroy Saint-Hubert (Salón de París de 1891). – A la par de los asuntos tomados de la historia antigua y de la mitología, han servido en todo tiempo de tema á los pintores aquellos tipos y costumbres que más de cerca han podido observar y estudiar; pero indudablemente en la época moderna, casi en la actual, ha alcanzado este género de pintura su apogeo.

No ha faltado quien considerara este hecho como síntoma de decadencia en el arte, quien achacara ese afán de no preocuparse más que de lo que se ve á ineptitud ó pereza para el estudio de las materias cuyo conocimiento se consideraba antes indispensable en el artista.

Sin negar que, en ciertos casos, pueda haber un fondo de razón en tales censuras, parécenos que los que así arguyen, y olvidan que las leyes del progreso se imponen en el arte, como en todas las manifestaciones del saber humano, que el método experimental, al que la ciencia debe sus más preciosas conquistas, había de influir necesariamente en el campo artístico y de promover una verdadera revolución en los procedimientos, resucitando la escuela naturalista, no tan moderna como algunos suponen. Olvidan también que el pintor no pinta sólo para la generación en que vive, que sus obras se conservarán á través de los siglos y que cada cuadro es una frase escrita en el libro de la historia del arte, donde las futuras generaciones estudiarán, no sólo el modo de ser de las manifestaciones artísticas de una época, sino los caracteres sociales de un período y de un lugar determinados.

Sugiérenos las anteriores reflexiones el cuadro de M. Leroy Saint-Hubert que reproducimos. A buen seguro que algún anticuado doctrinario no le concederá más importancia que la que diera á una fotografía, más ó menos bien iluminada: pero esto mismo, más que una censura vendría á ser en el fondo un elogio, pues demostraría que el dibujo de la obra del distinguido pintor francés es correctísimo hasta el punto de confundirse con la impresión fotográfica, y no está el arte pictórico tan sobrado de buenos dibujantes que merezca censura quien con tanto cuidado atiende á esta condición indispensable en pintura.

Por otra parte, en la *Tarde de otoño* hay algo, y aun algos, más que la fidelidad en la reproducción: la impresión general que el cuadro produce es agradable, la composición está bien estudiada en su conjunto y en sus detalles y la tonalidad resulta sumamente simpática. Y reuniendo todos estos elementos, ¡cómo no han de merecer alabanzas la obra, el autor y la escuela en que aquélla debe clasificarse!

***

Lectura, cuadro de D. Juan Llimona (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Juan Llimona representa por medio de sus obras la armónica conexión que existe entre el arte y la poesía, porque en todos sus cuadros represéntanse los sentimientos que enaltecen al hombre, que le conmueven y constituyen la síntesis de los afectos más puros y delicados. Todas las manifestaciones sencillas, pero tiernas, que puede el artista representar y concebir el poeta, transpórtalas Llimona al lienzo, y con el caudal de sentimiento que rebosa en sus cuadros, canta, compone y rinde un respetuoso tributo, logrando interesar al que admira sus sentidas composiciones, al purísimo cariño de la madre, al afecto íntimo del hijo, del abuelo, del hermano, agrupándolo en el hogar, en el santuario de la familia.

Mas, según indicamos, la poesía de Llimona es sencilla, modesta y genuinamente regional, ya que en ese conjunto de creencias y aspiraciones, en esa unión de afectos y sentimientos que constituyen su modo de ser y la nota distintiva de su carácter, se halla comprendido, amalgamado, el amor que consagra á Cataluña, la tierra que le vió nacer.

En las apacibles y conmovedoras escenas que retratan la vida y en todo lo que á ella se refiere, recordándonos el hogar y la familia, halla este aventajado artista inagotable manantial de su inspiración. Todos los asuntos que desenvuelve, dándoles forma, animación y vida, llevan en sí el sello de un sentimiento delicado, que hace vibrar las fibras del corazón.

***

Pastor del Pirineo, cuadro de D. Dionisio Baixeras (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había aún cumplido los diecisiete años y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. Durante su primera época cultivó el género histórico y religioso; mas hoy apenas existen en su paleta otros tonos que los pardos del tejido burdo de los hombres de mar ó del obrero, avalorados y enriquecidos por sus aptitudes artísticas. El *Pastor del Pirineo*, que tal es el título y representa el gran lienzo que reproducimos, premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, es una bella y sentida composición. En la cima de uno de los picachos de la cordillera pirenaica, rodeado por la acuosa neblina, destácase por obscuro la silueta del pastor que al oir el esquilón de la iglesia de la próxima aldea, hacia la que conduce el rebaño que transpone la inmediata loma, descúbrese reverentemente, sintiendo en su rusticidad la grandeza de cuanto le rodea, rindiendo al murmurar una sencilla plegaria un homenaje á la Divinidad. Pintado con maestría, es el cuadro de Baixeras una manifestación de la escuela en la que tantos lauros han logrado Bretón y otros artistas franceses. En ella se ha inspirado Baixeras y á ella se amolda y acomoda su temperamento artístico, de tal manera que en las Exposiciones á que concurre se le ha llegado á considerar como un artista del Norte.

***

Recuerdo de Llavaneras, cuadro de D. José Masriera (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Después de períodos de prueba, en los cuales en vez de muestras de fijeza hemos observado señales de profundo desvarío, grato es para los amantes del arte ver gallardas manifestaciones del ingenio de nuestros pintores y alimentar la esperanza de ver llegar días serenos, de esplendida luz, que iluminen por igual todas las inteligencias. José Masriera figura dignamente entre nuestros paisistas, ya que aparte de sus apreciabilísimas cualidades, distínguese porque todas sus obras revelan al artista que cultiva la pintura con fervoroso culto; resultando de ahí que sus composiciones sean la genuina manifestación del verdadero arte. Amante del país que le vió nacer, busca en nuestras encantadoras campiñas, en las abruptas montañas, en las poéticas frondas, en donde la naturaleza se presenta embellecida con sus más ricos atavíos, ancho campo á su observación y medios con que manifestar su inteligencia. La corrección, la exactitud y la belleza son las notas características de sus paisajes.

El cuadro que reproducimos, recuerdo de una excursión veraniega, ha sido premiado por el Jurado calificador de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes.

***

Barcelona.– Plaza de Antonio López, cuadro al óleo de D. Modesto Texidor (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Hijo y discípulo Modesto Texidor de quien ha logrado ostentar un nombre respetado en el mundo del arte, continúa este artista las tradiciones de su familia. Laborioso y entusiasta por el arte, que con provecho cultiva, es quizás demasiado exigente para consigo mismo, ya que demuestra especial empeño en vencer dificultades y no exhibe ó enajena sus obras hasta que, si no complacido de su labor, hállase satisfecha su severidad artística.

Joven todavía, ha sabido ya distinguirse así en la pintura de paisaje como en la de figura, y cuenta en su carrera artística algunos triunfos logrados en los certámenes y exposiciones.

El cuadro que reproducimos es un lienzo de mérito, que ha llamado la atención entre los cinco que ha presentado este artista en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.



Gilberto la había seguido y la contemplaba mientras se quitaba los largos guantes

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Una vez instalada en el vehículo, añadió:

– Por todo lo que acabo de manifestar á usted no debe formar mala opinión de mí, señor Maujeán. Si digo cosas desagradables, y si las digo como en broma, es porque tal vez no sabría exponerlas de otro modo, siendo necesario darlas á conocer. El destino, el injusto destino, es el que ha hecho de mí lo que soy; pero en el fondo no soy mala... Considéreme usted como una amiga.

Así diciendo, ofrecióle la mano; y cuando el coche se alejaba, miró á Gilberto otra vez con una sonrisa de interés compasivo, sonrisa triste que no le era habitual.

Elocuente era aquella sonrisa, que parecía decir: ¿Por qué se obstina usted en amar á una mujer que no nació para usted? ¿Por qué me rechaza á mí, que le aprecio verdaderamente; á mí, que no soy ambiciosa y que me consideraría feliz al darle el nombre de esposo?... Pero Gilberto no comprendió; no pensaba más que en Blanca de Cabrol, y pensando en ella padecía.

Al día siguiente, por la tarde, Gilberto marchó á pie á Mareuil, siguiendo la cumbre de los cerros; así volvía á pasar por aquel camino que tantas veces recorrió en su infancia, cuando iba á observar á la pequeña Blanca de la Fonfreyde, ocultándose entre los matorrales. Detúvose largo rato en la vertiente que dominaba el camino de Blatigny, en el mismo sitio en que abrió su corazón, dejando escapar el secreto de su amor. ¿Era posible que tantas esperanzas, tantos dulces ensueños y tan hermosas quimeras se desvanecieran en un minuto?

Gilberto prosiguió rápidamente su marcha, porque una horrible inquietud le impelía hacia adelante. ¡Pobre Gilberto! ¡Mientras que él dejaba transcurrir los días, deseando que pasasen pronto, á fin de que se realizara su dicha, otros trabajaban para robársela!

La señora de Chalieu y sus amigas esforzábanse sin duda en rebajarle á los ojos de la vizcondesa.

Tampoco se tranquilizaba al pensar en el conde de Bagrassand. Su actitud respecto á Blanca había sido siempre atenta y discreta; era hombre que no se prodigaba; pero Gilberto recordó ciertas circunstancias del pasado que no le llamaron entonces la atención: su brusca y apasionada intervención en el lance con Charnasón; la sorpresa que producían sus llegadas á Mareuil en las noches de invierno, y otras cosas más. En todo esto parecíale ver los indicios de un amor oculto que databa de muy lejos.

Por otra parte, era muy natural que le hubiese ocurrido la idea de semejante matrimonio después de la muerte de Pedro y la ruina completa de la vizcondesa de Cabrol. Para Laura de Bagrassand, para su hija, que crecía é iba á resentirse pronto sin duda de la educación dada por un hombre, era una delicada atención confiarla á los cuidados de aquella joven madre, formando con los hijos de Blanca y de Laura una sola y misma familia.

Pero si, pensando en él, solamente veía motivos para temer, tenía otros para tranquilizarse, evocando la imagen de la vizcondesa. ¡Blanca le amaba! Y ese amor ¿no era nada? ¿no lo era todo, por ventura? No olvidaría ella sin duda hasta qué punto se había comprometido, y que á Gilberto se debía que no estuvieran unidos para siempre. ¡La vizcondesa no podía recompensarle con semejante traición!

La «estación del descanso» le pareció lúgubre por el deterioro que en ella habían ocasionado las tempestades del último invierno; una parte del techo se había hundido y las paredes se hallaban cuarteadas. El aspecto de aquel sitio produjo en él una impresión dolorosa que le oprimió el corazón, como si viera en él la imagen simbólica de su desgracia. Sin embargo, habíase arreglado un poco aquel cobertizo colocando en él una rústica mesa y algunas sillas.

No esperó allí largo tiempo; después de dirigir una mirada al interior, y cuando volvía al terraplén cubierto de césped que precedía á la casita, divisó al pie del cerro un pequeño grupo de paseantes que se dirigían hacia él. Al divisarle la señorita de Sainte-Severe no manifestó la menor sorpresa, y hubiérase dicho que esperaba verle allí. Blanca se detuvo como si no osase avanzar.

Sin embargo, poco después continuó su marcha, y de vez en cuando miraba á Gilberto sonriendo, al paso que un poco sofocada y casi falta de aliento franqueaba la empinada senda.

X

Gilberto se apresuró á ir á su encuentro; pero antes de que llegase Guy y Juana, que precedían á su madre, muy contentos de ver otra vez á su amigo, hiciéronle las mismas caricias de la víspera, abrazándole cariñosamente.

La señora de Cabrol había llegado por fin al terraplén y seguía dirigiéndose hacia la granja; pero antes de entrar se detuvo, volvióse y tomó al parecer una solución repentina.

– Lleve usted los niños al cerro grande, dijo á la señorita de Sainte-Severe; ellos pueden andar aún, pero yo estoy cansada... Que tomen allí algo, y vuelva usted dentro de una hora...

Blanca entró entonces en el cobertizo, donde puso en una silla el quitasol y el sombrero. Gilberto la había seguido, y la contemplaba mientras se quitaba los largos guantes. Por su mutismo, mientras la examinaba furtivamente, siempre con la misma sonrisa, comprendió que se preparaba una explicación....

De repente arrolló los guantes, arrojólos sobre la mesa, y sin decir nada ofre-

ció su mano desnuda á Gilberto fijando en él á la vez una mirada que parecía decir: «Seremos amigos aunque...»

Tanto necesitaba Gilberto conservar la esperanza, que este ademán le engañó, y desvaneciéndose todos sus temores, precipitóse sobre aquella mano; pero cuando quiso besarla, Blanca la retiró suavemente.

Entonces lo comprendió todo; sus facciones revelaron su decepción; y hasta la sonrisa de Blanca desapareció para dar lugar á una mirada compasiva. Hubiérase dicho que alguna cosa acababa de romperse entre ellos, y que ambos lo comprendían así.

– Escúcheme usted, dijo la vizcondesa con tono suplicante; pero ante todo siéntese... Yo quisiera descansar también, mas la inquietud no me lo permite.

Al pronunciar estas palabras, la vizcondesa palidecía y estaba al parecer tan impresionada como él. Su vestido debía sofocarla, pues diminutas gotas de sudor se deslizaban por sus sienes, y parecía que sus ojos se velaban de lágrimas. Al fin se dejó caer en una silla, y apoyando los codos en la mesa y el rostro en la mano, con la mirada fija en tierra, reflexionó un momento. Su manga corta, con los encajes caídos, dejaba ver su blanco brazo que sostenía la cabeza. Blanca, hermosa en su dolor, estaba en aquel momento seductora en su abandono.

– ¡Oh!, exclamó, dando un paso hacia Blanca, ¿llora usted?

Y él, angustiado por aquel pesar, á la vez que le embriagaba contemplar tanta belleza, tenía lacerado el corazón, comprendiendo que era la causa de aquel padecimiento y que le bastaba decir una palabra para remediarlo al punto. También sabía que pronunciarla era sacrificar lo que más quería en el mundo, y que sin embargo, no habría otro recurso.

– ¡Por favor, dijo al fin, hable usted!

Blanca levantando un poco la cabeza, fijó en Gilberto una larga mirada, é hizo al parecer un esfuerzo para reponerse.

– Esperaba casi, dijo, encontrar á usted aquí... Sí, ayer, cuando la señorita de Sainte-Severe volvió al castillo tuve la curiosidad de preguntarla si le había visto; insistí para que me repitiera la conversación de ustedes, y deduje que le hallaría hoy en este sitio... Sin embargo, no he venido sin profunda inquietud; pero era indispensable... Yo tenía pensado lo que debía decir... ahora no me acuerdo ya... Ayúdeme usted, añadió con dulce acento y una humilde sonrisa, suficiente para desarmar la cólera de Gilberto.

Este estaba preparado á todo ya y contestó tranquilamente:

– Puede usted hablar... Yo no tengo ya derecho...

– ¡Cómo que no!, interrumpió la vizcondesa vivamente. Muy por el contrario, yo venía á decir á usted... ¡Dios mío! Sin duda sabrá ya lo que me sucede... Pues bien: yo venía á decirle que me consideraba como comprometida con usted.

Gilberto no pudo reprimir una sonrisa de amargura.

– ¡Comprometida!... ¿Por qué?... No, no; usted no lo está... ¿Cómo había de estarlo?

Blanca fijó en Gilberto una mirada penetrante, como si quisiera estudiar el tono con que acababa de pronunciar aquellas palabras, en las cuales creía adivinar una queja; pero también comprendió que la renuncia de Gilberto sería menos difícil de obtener de lo que ella pensaba y que había ganado su causa de antemano.

Sus ojos brillaron entonces por la satisfacción que sentía, y añadió con dulzura:

– ¿No había usted soñado lo mismo que yo?

– Verdad es, repuso Gilberto; me creía seguro de mi felicidad... tan seguro, que no desconfiaba...

– Bien ve usted...

Blanca quería, al interrumpirle, contener las recriminaciones en sus labios, y añadió al punto:

– ¡También yo creía en esa felicidad! Pero he debido reflexionar... ¿Recuerda usted las inquietudes de mi esposo en sus últimos momentos, y cuánto le preocupaba el porvenir de Guy y de Juana?... Mis hijos carecen de fortuna, y se presenta una ocasión... ¿Qué hacer? Yo sería mala madre... mientras que, sacrificándome, estoy segura de que se cumplirán todas las voluntades de nuestro amigo, segura de dar á Guy una buena educación y de casar á Juana...

Gilberto no podía menos de admirar cómo las recomendaciones de Pedro, que al parecer debían unirle con la vizcondesa para siempre, servían ahora para separarle de ella. Aquella lógica de mujer le desconcertaba, produciéndole el más cruel padecimiento; y en el esfuerzo que hizo para no enternecerse, replicó bruscamente:

– ¿Ha pedido ya la mano de usted?

Blanca sintió como un golpe en el corazón al oir esta pregunta, y miró á Gilberto con desconfianza, pero repúsose muy pronto. La debilidad misma del hombre revelábase en la rudeza del tono. Era el momento de dar el último golpe para no perder la ventaja.

– Sí, contestó, hace una semana que pidió mi mano... Yo no pensaba apenas en el conde, pues mi intención era casarme con usted...

– ¿Y qué respuesta le dió usted?

– Yo no dije nada; no podía contestar... ¿No he dicho antes que me consideraba comprometida con usted? No me era posible disponer de una palabra que me parecía haberle dado...

– Nada nos hemos prometido, replicó Gilberto; pero tal vez mediaba entre nosotros un compromiso moral, una palabra que no nos dimos, porque lo creíamos inútil.

– Sí, sí; eso es... La palabra existe.

Gilberto comprendió que Blanca apelaba á su generosidad, que deseaba obtener una renuncia terminante, y que de nada serviría retardar su triunfo. Tanto daba sacrificarse desde luego; y por otra parte su corazón se helaba poco á poco. Al mirarla, al escucharla, no la conocía ya; siempre la creyó franca, modelo de rectitud y desinterés... mas ahora veía en ella fingimiento y artificio.

– Pues bien, repuso, exista ó no esa palabra, yo se la devuelvo á usted como la prenda más preciosa que he tenido... pero no piense usted en mí, sino en usted solamente...

– Querrá usted decir en mis hijos... Por ellos lo hago todo, por ellos me sacrifico y doy este paso. ¡Ah, si se hallaran en otra situación! Pero siendo ahora pobres, si continuaran siéndolo por culpa nuestra, tendríamos un remordimiento... ¡Si usted supiera cuántos son los apuros en que vivo desde hace un año!

Y no satisfecha aún de una renuncia que hubiera querido más espontánea, menos mezclada con quejas y vacilaciones, Blanca quiso inspirar compasión á Gilberto, y pintóle las miserias que hubo de sufrir desde la muerte de Pedro, á causa de las exigencias de los acreedores. Y por un tránsito bastante natural, y aparentando en cierto modo pedirle consejo, hablóle de las ventajas que reportaría el contrato matrimonial: dos millones de dote, es decir, uno para cada uno de mis hijos.

– ¡Pues bien; contestó Gilberto, acepte usted!...

Mas al pronunciar estas palabras, hizo un ademán violento, golpeándose la frente, como exasperado por la injusticia de su suerte, que no le había concedido la fortuna del conde de Bagrassand. Después, apoyado el codo en una rodilla, con los dedos crispados sobre la boca y reteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, dejó escapar su cólera.

– ¡Que no tenga yo millones también!, exclamó. Yo los hubiera puesto á los pies de usted... y tal vez entonces... ¡Pero no!... Hablemos con franqueza... No podríamos casarnos, porque yo no soy el conde Bagrassand...

Blanca le interrumpió.

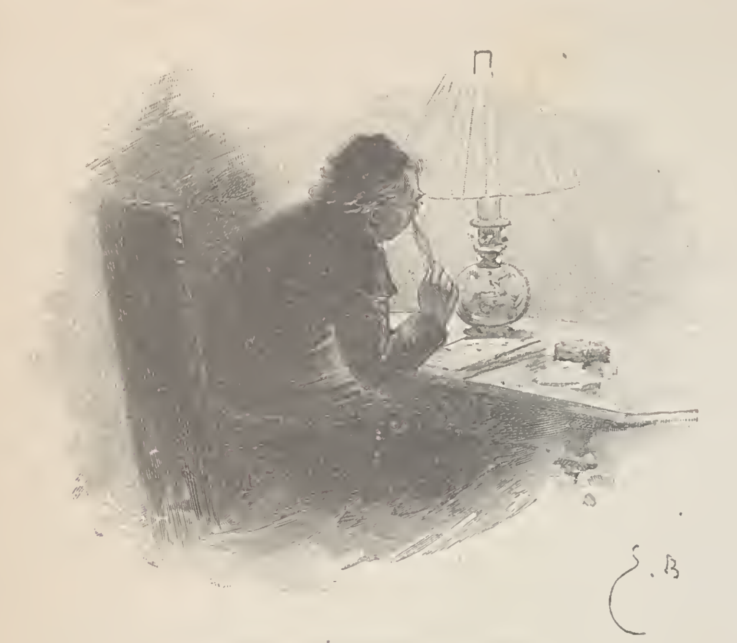
– ¡No diga usted eso, señor Maujeán! ¿Me crié por ventura altiva y orgullosa?... Diríase que aún no me conoce bastante... ¡Yo me habría casado con usted pobre, y habría sido dichosa teniéndole por esposo!... Pero Guy y Juana... ¡No puedo sacrificarlos!

¿Hablaba la vizcondesa con sinceridad? Tal vez lo creyera así; quizás estaba persuadida de que obraba á pesar suyo, sacrificándose por sus hijos al carácter del conde y rompiendo con todas sus afecciones amorosas.

Pero Gilberto veía más claro; comprendió que Blanca presentía, sin darse cuenta de ello, que aquel matrimonio iba á restablecerla en la brillante posición que antes ocupaba y de que tan digna era, y que esto pesaba grandemente en su ánimo.

Al reflexionar sobre aquella nueva existencia y sobre lo que con ella podría volver á adquirir, y comparando esto con lo poco que él podía dar, comprendió bien la necesidad de su sacrificio. Entonces consintió en atender á razones, y habló con tranquilidad.

– Sí, dijo, tiene usted razón... cásese en buen hora con el conde de Bagrassand... y hágalo por sus hijos y por usted misma. No podría encontrar hombre más conveniente... se lo digo con sinceridad, sin ironía, tal como lo pienso... ¿Qué podía ofrecer yo? ¡Ni siquiera se me había ocurrido! No pensaba más que en la dicha de vivir los dos bajo el mismo techo. Hubiera sido una vida muy retirada, una vida de estudio y de trabajo para mí, lo mismo que para usted.



El sacerdote Souchón prepara su discurso

¡Qué diferencia con la que ha tenido hasta aquí y la que debe disfrutar en adelante! En ese París, adonde hubiéramos vuelto, ya no habría habido para nosotros ni los mismos pasatiempos ni las mismas relaciones. Un sabio puede elevarse y un artista llegar á ser ilustre; pero no se avienen mucho con los placeres mundanos.

Gilberto hablaba tranquilo, razonando fríamente, y Blanca le veía en ese punto de resignación á que deseaba conducirle. En suma, hubiera podido prescindir de aquella entrevista, y era casi una condescendencia heroica por su parte haberse empeñado en obtener su asentimiento verbal. Conseguido ya, y hechas todas las concesiones, más ó menos de buen grado, la conferencia no podía ser sino lo que había sido, un poco violenta, mal conducida y enojosa para uno y otro. Era necesario resolverse y no prolongar más aquella escena.

– Pues bien, dijo Blanca levantándose, esa existencia es la que me seducía; precisamente es lo que me tentaba y lo que sobre todo echaré de menos.

Siguióse un minuto de silencio. ¿Había concluído, pues, todo entre ellos?... Blanca alargaba ya la mano hacia su sombrilla y sus guantes; pero de repente miró á Gilberto, como si le remordiera la conciencia no pensar más que en sí misma.

– ¿Y qué hará usted ahora?, le preguntó.

– No sé... Volveré á Roma...

– ¡Marchar!... ¿Se propone usted marchar?... ¿Y por qué?

– Puedo consentir en que sea usted de otro, balbució; ¡pero verlo con mis ojos!...

Su voz temblaba; por primera vez veía claramente la realidad de su infortunio, y su corazón se trastornó. Esta emoción, que no podía ocultar, comunicóse á Blanca, y en sus ojos brilló una fugitiva lágrima.

Gilberto hubiera podido dudar de la ternura de la vizcondesa, asombrarse de su sangre fría en la terrible crisis que atravesaban; mas al ver aquella lágrima, reconoció de nuevo á la mujer á quien amaba tanto.

– ¡Oh!, exclamó, dando un paso hacia Blanca, ¿llora usted?

La vicondesa se cubrió el rostro con las manos, y dejándose llevar de un impulso irresistible, echóse en brazos de Gilberto.

– ¡Oh!, murmuró, ¡quédese usted!... yo se lo ruego.

– ¿Me ama usted, pues, aún?... ¿Me ama usted verdaderamente?...

Blanca sollozaba, con la cabeza apoyada en el pecho de Gilberto, y repetía á través de sus lágrimas:

– ¡Quédese usted, quédese usted!...

– Pues bien: ¡renuncie usted... sí, renuncie á ese casamiento y me quedaré!

– Guy y Juana me maldecirán... ¡No puedo; quédese usted!...

– Harto debe comprender que no es posible... ¡Sufriría demasiado!

Pero la vizcondesa repetía siempre las mismas palabras sin cambiar de posición. Gilberto la tenía palpitante entre sus brazos; jamás la había visto tan encariñada con él, y esto sucedía precisamente en el momento en que iba á perderla. Entonces, sin poder reprimir su impulso, se inclinó, y en el cabello sedoso de Blanca, entre sus trenzas perfumadas, sepultó los labios, y abrasó aquella frente con sus ardientes besos.

– ¡Gilberto, por piedad!...

Era la primera vez que le daba este nombre, y hacíalo para implorar, para pedir gracias; pero este nombre pronunciado por ella, tenía una dulzura y un encanto que le embriagaban...

De repente oyéronse las voces de los niños; Blanca se arrancó entonces de los brazos de Gilberto, volvióle la espalda, y comenzó á enjugarse las lágrimas, alisándose á la vez el cabello. Un momento después había desaparecido la señal del llanto, aunque los ojos estaban aún enrojecidos y brillantes, y Gilberto pudo ver de nuevo en sus labios la sonrisa que al comienzo de la entrevista los entreabriera.

Juana y Guy entraron, conducidos de la mano por la señorita de Sainte-Severe, como si ésta quisiera reprimir su ternura demasiado expansiva. ¿Acababa de enseñarles la lección? ¿Les habría dicho alguna cosa? El caso es que miraban ahora á Gilberto con una especie de curiosidad tímida, como la que inspiran á los niños las personas á quienes conocen poco. También se notaba en ellos un cambio; y la señorita de Sainte-Severe tenía el aspecto serio y severo de aquel que asiste á una operación penosa, pero necesaria.

– Todos juntos comenzaron á bajar la colina; la vizcondesa, evitando las miradas de Gilberto y toda conversación directa con él, avanzaba con paso ligero, como aliviada de un grave peso que había creído necesario imponerse.

Gilberto quiso acompañarla hasta que se hallasen á la vista de Mareuil; pero Blanca se detuvo.

– No se moleste usted más, señor Maujeán, dijo, pues ya es tarde, y para volver á Chatillón...

Gilberto le rogó que ofreciese sus respetos á la marquesa de la Fonfreyde, y Blanca se alegró mucho de tener una oportunidad, en el momento crítico de la despedida, para hablar de la anciana, como si la salud de ésta fuese lo que más debía interesarla en aquel momento. Después dijo á los niños que abrazaran á Gilberto, estrechó rápidamente la mano de éste, cruzándose entre los dos una mirada estoica, y alejóse.

Maujeán quedó inmóvil en el mismo sitio; Blanca, sonriendo, volvía la cabeza de vez en cuando para mirarle, y no hubo más; todo había concluído; Gilberto la perdía para siempre.

Sin embargo, aún permaneció allí algún tiempo, contemplando el castillo, cual si quisiera grabar en la imaginación todos sus detalles. Veía de nuevo la ventana del cuarto de la vicondesa, los cortinajes de seda blanca, y recorría con la mirada los vastos jardines, las espesuras; entre las cuales paseó tan á menudo con ella... ¿Cómo pudo ser bastante loco para imaginar que él, Maujeán, llegaría á casarse con la vizcondesa de Cabrol, la castellana de Mareuil? Y pensando en esto recordaba cuán pronto había Blanca vuelto á ser la gran señora de antes y con qué sencillez y desenvoltura recobraba su tono aristocrático. Parecíale por otra parte que semejante escena no hubiera debido pasar sin arrebatos, sin recriminaciones, sin amagos inventivos, y arrepentíase ahora de haber sido demasiado bueno y conciliador, de haber manifestado tan excesiva credulidad y de no haber hecho comprender que los millones del conde de Bagrassand, que Blanca pretendía no envidiar sino para sus hijos, la fascinaban á ella misma. ¡Ya no era tiempo!

Gilberto se alejó al fin de aquel sitio en dirección á los cerros. ¡Qué tristeza reinaba en su alrededor! Los bosques, tan risueños en otra época, aquellos pinos que vivificaban los senderos cubriéndolos de fresca sombra, parecíanle los cipreses de un cementerio. Y se sintió humillado; estaba como hombre á quien se acaba de robar y que ha ayudado al mismo que le robaba, haciéndose cómplice del ladrón. Poseído de cólera, aplastaba con el pie las plantas silvestres que encontraba á su paso...

Al ver la llanura se detuvo: la noche se acercaba, extendiendo sus sombras sobre los campos, las casas, los árboles y la línea brillante de las corrientes de agua; solamente un punto blanco se destacaba aún claramente por la parte de Chatillón en medio de la sombra invasora: era un elevado muro, fuera de la ciudad, que cerraba un recinto en la pendiente de la colina... Allí reposaba su madre. ¡Pobre madre, á quien la nobleza entusiasmaba, si hubiera podido verle en aquel momento! Y extendió los brazos como para invocarla á través del espacio... Después continuó su marcha, y durante todo el trayecto, sus lágrimas no dejaron de correr un instante.

Desde entonces los sucesos se precipitaron: los preparativos del casamiento exigían frecuentes expediciones desde Mareuil á Chatillón, y por la señorita de Sainte-Severe Gilberto sabía cuanto pasaba en el castillo.

Su situación volvía á ser, al cabo de algunos años de intervalo, lo que fué cuando se efectuó el matrimonio de Blanca con Pedro; pero entonces solamente había tenido vagos ensueños, pueriles ilusiones que se desvanecían, mientras que hoy veía abismarse á sus ojos la dicha con que había creído poder contar. Y esta vez también dejaba que se hiciese todo, sin serle imposible impedirlo.

(Continuará)



... y blandía un puñal ó un frasquito de veneno

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS AUTÓMATAS

Con el nombre de autómata se designa generalmente una máquina que representa un ser animado cuyos movimientos imita merced á ciertas combinaciones. Los autómatas son verdaderas curiosidades y á menudo maravillas de paciencia y de ingenio.

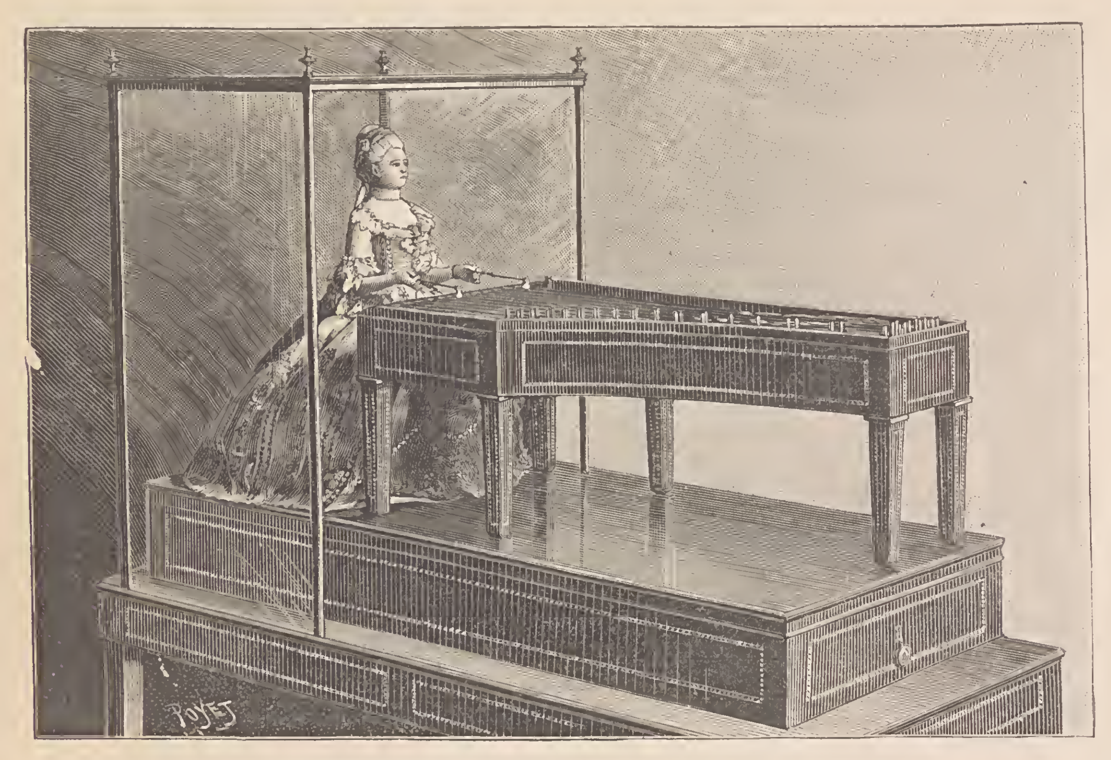


Fig. 1. Concertista mecánica de tímpano, obra de Hintzen y Kintzen (siglo XVIII), existente en el Conservatorio de Artes y Oficios de París

Los historiadores hablan á veces de autómatas prodigiosos; pero estos aparatos extraordinarios por ellos descritos no han existido probablemente más que en la imaginación de los narradores, que al transmitirse verbalmente y de generación en generación los relatos han acabado por dar á los hechos proporciones exageradas y completamente distantes de la primitiva verdad.

Entre los autómatas citados por los antiguos, pero de cuya existencia no hay prueba real alguna, háblase de una paloma de madera que se supone construída 400 años antes de Jesucristo y de una mosca de hierro ofrecida, según nos dicen, á Carlos V, que después de describir volando un círculo en el aire volvía á la mano de su autor. Cuéntase también que en el siglo XI un obispo de Nápoles fabricó una mosca de bronce que impedía á todas las moscas verdaderas que entraran en la ciudad Otra narración no más digna de crédito que las anteriores menciona un águila de bronce que se puso á volar delante del emperador Maximiliano. Citemos finalmente los hombres del mismo metal construídos según unos por Rogerio Bacón y según otros por Alberto el Grande ó por Reysolius.

Por los ejemplos citados y otros mil que consignar podríamos se ve que los escritores de la Edad media, muy aficionados á lo maravilloso, fácilmente comulgaban ó querían hacer comulgar á los demás con ruedas de molino.

A partir del siglo pasado se encuentran ya datos formales acerca de autómatas realmente fabricados. Cuéntase, atribuyendo la invención á distintos sabios, que se construyó un ingenioso autómata para «demostrar que los animales no tienen alma.» Esta máquina, á la que su autor dió el nombre de *Francine*, representaba una joven, y en una travesía que hubo de efectuar alguien tuvo la curiosidad de abrir la caja que la encerraba: el capitán del barco quedó tan sorprendido al ver que esta figura se movía como si tuviese vida, que mandó arrojarla al mar, pues no quiso conservar en su embarcación un instrumento de magia.

En el mismo siglo décimoctavo, los hermanos Droz, en Suiza, construyeron varios autómatas, respecto de los cuales carecemos de datos precisos y sólo sabemos de ellos que eran muy curiosos. En aquella época veíase con frecuencia en las capillas, en los locutorios de los conventos y aun en las grutas de algunos jardines un monje que, al abrirse la puerta, salía á recibir á los visitantes y se retiraba en seguida. Estos autómatas no eran, propiamente hablando, otra cosa que maniquíes sin movimiento, montados sobre ruedas. En un seminario de Francia los que visitan la casa son recibidos por un esqueleto que se golpea una contra otra sus descarnadas falanges.

Sabido es que en 1810 exhibíase en Londres una araña de regular tamaño que ejecutaba distintos movimientos, andaba y al ser cogida agitaba sus patas, gracias á un mecanismo compuesto de 115 ruedas, número de cuya exactitud nos es permitido dudar dadas las dimensiones que el tal objeto tenía. Al mismo tiempo que la araña podía admirarse un cisne que nadaba en un estanque entre peces, de los cuales, de cuando en cuando, cogía uno, se lo tragaba y luego batía las alas.

Algunos años después, en 1817, enseñábase en la misma ciudad un pajarito de oro puesto en una tabaquera que, al abrirse ésta, salía de su encierro, movía el pico, abría sus alas y se ponía á cantar.

Después de este resumen preliminar, vamos á describir los autómatas modernos cuyos efectos son conocidos y de cuya existencia no cabe la menor duda.

Comencemos por uno muy conocido de los parisienses, que sirve de reclamo á un industrial: es un cuadro automático formado por cuatro personajes, dos de los cuales figuran moler continuamente en un mortero, mientras el tercero, armado de un raspador, corta sin cesar, á distancia de un centímetro del pie, un callo á una señora que expresa su satisfacción moviendo la cabeza á intervalos regulares.

En el número de los mejores autómatas figuran los de Vaucansón, entre los cuales mencionaremos en primer término el flautista construído en 1730, que se conserva actualmente en Viena y toca doce piezas, y el tamborilero que armado de tamboril y flageolé tocaba viente piezas distintas. Estos dos personajes, de tamaño natural, funcionaban por medio de un poderoso resorte que ponía en movimiento una porción de fuelles que llenaban de aire varios depósitos, los cuales vaciábanse á voluntad, merced á un juego de muelles, y producían sonidos. El mismo inventor construyó otras dos piezas notables: en primer lugar su áspid que se enroscaba, sacaba y movía la lengua y silbaba, y fué construído para figurar en la tragedia de Marmontel titulada *Cleopatra*; en segundo, el celebre pato, fabricado en 1738, que meneaba la cabeza para buscar su comida y tragaba y *digería* los alimentos. Su celebridad era todavía grande cuando en 1844 un mecánico llamado Tiets lo exhibió en París, donde causó la admiración de cuantos lo vieron. Durante su exhibición se le rompió un ala, y Roberto Houdín, encargado de reparar el autómata, descubrió el secreto de la supuesta digestión. Sin entrar en los detalles técnicos, diremos que el pato tragaba, que los alimentos eran retirados de su estómago durante el intermedio de dos funciones y que la digestión se figuraba por medio de una papilla verdosa expulsada por un pistón. De modo que este famoso autómata era un eccesorio de escamoteo.

A propósito de Roberto Houdín, debemos recordar que le fué confiada la reparación de otras piezas mucho más difíciles, entre ellas el Componium, que era un órgano mecánico llevado en 1829 á París por su inventor, un alemán. Todas las piezas de este instrumento que improvisaba variaciones siempre diferentes, estaban desmontadas sin marca alguna que indicara cómo debían colocarse y encerradas en cajas. Houdín consiguió orientarse en medio de los millares de piezas que constituían este órgano y ponerlo de nuevo en estado de funcionar. Ignórase qué fué después de este aparato.

Roberto Houdín reparó también en 1859 una tocadora de bandola atribuída á Vancansón y que actualmente se guarda en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, y una concertista de tímpano, obra de Hintzen y Kintzen, que puede verse en el mismo Museo, al que fué regalada por la Academia de Ciencias (fig. 2 y 1).

El Conservatorio de Artes y Oficios encierra también pájaros cantores y una pieza mecánica que imita el canto del ruiseñor, legados en 1885 por M. Julio Andeoud.

Tales son los principales autómatas curiosos. En estos últimos años, la industria ha fabricado otras piezas interesantes de este género que merecen capítulo aparte.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)

***

FABRICACIÓN DE LAS LÁMPARAS DE INCANDESCENCIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

El proceso de las lámparas incandescentes que actualmente preocupa en alto grado á los círculos eléctricos de América, ha hecho que naturalmente se fijara la atención en la fabricación diaria de dichas lámparas en los Estados Unidos.

Las fábricas de lámparas son muchas en número y de muy diversa importancia. Una reciente estadística, hecha por el presidente de una de las compañías de fabricación, establece que la producción total alcanza la cifra de 50 000 lámparas por día, ó sean 300.000 por semana ó 15 millones al año, contando en éste trescientos días laborables.

Como cada lámpara incandescente se renueva unas tres veces al año, las cifras de producción permiten calcular en 5 millones las lámparas instaladas; pero teniendo en cuenta las existencias de cada fábrica y las lámparas que han servido para montar las nuevas instalaciones, puede afirmarse que el número de lámparas instaladas excede positivamente de 4 millones.

Y adviértase que se trata de lámparas que consumen de 3 á 4 vats por bujía. ¿Qué sería, pues, si llega á descubrirse, como es muy posible y aun probable, un nuevo filamento con que puedan construirse lámparas que no consuman por bujía más de 1 ó aun 2 vats?



Fig. 2. Tocadora de bandolín, aparato mecánico atribuído á Vaucansón, existente en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

Puede afirmarse que el día en que esto suceda el alumbrado por gas habrá muerto. Tarde ó temprano los progresos del alumbrado eléctrico por incandes-

cencia traerán consigo esta muerte natural del alumbrado por gas, lo cual no quiere decir, sin embargo, que de ello resulte necesariamente la desaparición de las fábricas y distribuciones de este fluido, que podrá servir entonces para la cocina y la calefacción y quizás también para hacer funcionar las fábricas eléctricas de los distritos que recibirán el gas de las grandes fábricas periféricas, y transformarán su energía térmica en energía eléctrica para su distribución á los cosumidores.

Las cifras recientemente presentadas por M. Witz en la Academia de París, hacen esta hipótesis muy probable y de un porvenir casi inmediato.

(De *La Nature*)



BARCELONA. – PLAZA DE ANTONIO LÓPEZ, cuadro al óleo de D. Modesto Texidor. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO X — BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1891 — NÚM. 505

UNA VENGANZA



1



2



3

(Continúa en la pág. III)

(Véase la pág. II)

UNA VENGANZA


4


5


6


7


8


9

(Continúa en la pág. IV)

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

Dirigirse para estos anuncios á los Sres. CALVET Y RIALP, Oficinas de Publicidad, Diputación, 358, bajos; BARCELONA

(Véase la pág. III)

UNA VENGANZA



10



11

ALMANAQUE ILUSTRADO PARA 1892

AÑO 3.° DE SU PUBLICACIÓN — **TIRADA MINIMA 12.000 EJEMPLARES**

Este Almanaque de bolsillo, creado especialmente para aumentar los variados sistemas de publicidad de que disponemos, ha obtenido desde su primera edición un éxito tan lisonjero, que nos hemos visto obligados á montar en grande escala nuestra sección de Almanaques ilustrados.

El Almanaque para 1892 que tenemos en preparación, constará de 48 ó 64 páginas, de buen papel satinado y en el texto, además del santoral, figurarán gran número de viñetas de reputados dibujantes, anécdotas, cuentos y chistes.

Formará la cubierta una lujosa y artística portada fototipograbada en colores.

Los anuncios irán colocados alternando con el santoral, grabados, anécdotas, cuentos y chistes de modo que su lectura resulte agradable.

Un anuncio en el texto	Pesetas **50**	con obción á 300	ejemplares
Un anuncio en la parte interior de la cubierta	» **75**	» á 300	»
Un anuncio cromotipograbado en la parte exterior de la cubierta . . .	» **150**	» á 300	»

Para los encargos y demás detalles, dirigirse á los Sres. CALVET Y RIALP, Oficinas de Publicidad, Diputación, 358; BARCELONA



Tipografía LA ACADEMIA — Barcelona — Ronda de la Universidad, n.° 6